

ENRIQUE PARADAS Y JOAQUÍN JIMÉNEZ

El Tejar de Cantarranas

TRES ACTOS DE SAINETE, EL ÚLTIMO DIVIDIDO
:: EN DOS CUADROS, ORIGINAL Y EN PROSA ::

CON CUATRO NÚMEROS DE

JACINTO GUERRERO



Copyright by, Enrique Paradas y Joaquín Jiménez

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, 24

1929

19. 1. 1900. 1000. 1000. 1000. 1000.

1000. 1000. 1000. 1000. 1000.

1000. 1000. 1000. 1000. 1000.

1000. 1000. 1000. 1000. 1000.

1000. 1000. 1000. 1000. 1000.

1000. 1000. 1000. 1000. 1000.

1000. 1000. 1000. 1000. 1000.

1000. 1000. 1000. 1000. 1000.

1000. 1000. 1000. 1000. 1000.

1000. 1000. 1000. 1000. 1000.

1000. 1000. 1000. 1000. 1000.

1000. 1000. 1000. 1000. 1000.

1000. 1000. 1000. 1000. 1000.

1000. 1000. 1000. 1000. 1000.

1000. 1000. 1000. 1000. 1000.

1000. 1000. 1000. 1000. 1000.

• EL TEJAR DE CANTARRANAS

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—
Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays; y compris la Suède, la Noruege et la Hollande,
—

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL TEJAR DE CANTARRANAS

TRES ACTOS DE SAINETE, EL ÚLTIMO DIVIDIDO

— — EN DOS CUADROS, ORIGINALES DE — —

ENRIQUE PARADAS Y JOAQUÍN JIMÉNEZ

CON CUATRO NÚMEROS DE

JACINTO GUERRERO



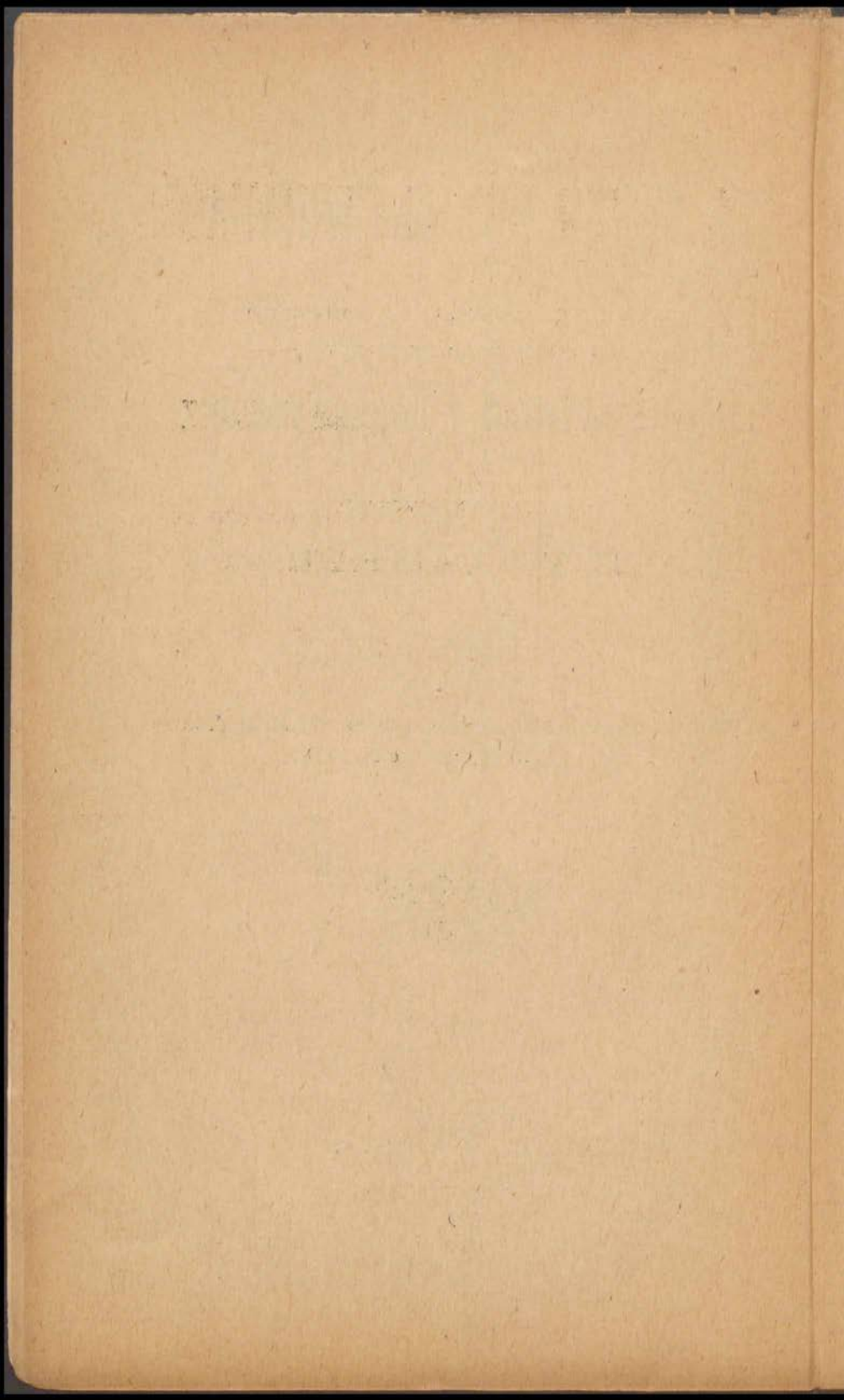
Estrenada en el Teatro de la Comedia, de Madrid, la
noche del 18 de Octubre de 1929.



MADRID

TIPOGRAFIA LOS TEATROS
Carrera San Francisco, 9

1929



*A Casimiro Ortas, en prueba de
amistad y admiración.*

Los autores.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

Manola.	Consuelo Hidalgo
Satur.	María Mayor.
Colasa.	Teresa Zori.
Milagritos.	María Maldonado
Luci.	Luisa Noriega.
Tina.	Julia Galán.
Nicanor.	M. Martínez.
Trini.	Carmen Rico.
Portero.	Elena Cánovas.
	Noriega.
	Galán.
Futbolistas.	Rico.
	Gallardo.
	Plaza.
	Arroyo.
Cipriano.	Casimiro Ortas.
Carmelo.	Pedro Zorrilla.
Lucio.	Eduardo Pedrote.
Gorila.	Mariano Azaña.
Mariano.	A. Riquelme.
Matías.	Andrés Tobías.
Celestino.	F. del Valle.
El Petaca.	M. Gutiérrez.
Paquito.	A. Rodríguez.
Camarero.	M. Gutiérrez.
Un pollo.	Luis Campanario.

Obreros, tanguistas y parroquianos.



ACTO PRIMERO

La escena representa un tejat situado en las inmediaciones de Madrid. En primer término izquierda, vivienda del señor Lucio, dueño del tejat. En la fachada de la casa, un letrero que dice: «Tejat de Cantarranas». En primer término derecha, el horno. Delante del horno, un pozo. En segundo término, y por ambos laterales, se supone cruza la carretera. Al fondo, amplia perspectiva de Madrid.

(Al levantarse el telón aparece Cipriano sacando agua del pozo. Se oye a Manola, que canta dentro cualquier canción popular.)

- CIP. *(Entusiasmado.)* ¡Olé! ¡Olé!... y ¡olé! *(A cada olé da un tirón de la cuerda del pozo, hasta que levanta el cubo y lo saca. En este momento aparece Manola con dos cubos vacíos.)* Parece que cantan los ángeles.
- MAN. Algo menos, señor Cipriano.
- CIP. Ni más ni menos, Manola. No es porque estés de huésped en mi casa; pero eres una alhaja.
- MAN. Una vale lo que la suerte quiere.
- CIP. ¡Lástima que en vez de ser hija mía la que es mi hija, no fueses tú hija mía!
- MAN. En cambio, yo la envidio, porque al fin y al cabo, tiene su padre. Yo no tengo a nadie, señor Cipriano.
- CIP. Tú estarás sola en el mundo, pero estás más acompañada que muchas. Tienes simpatía y tienes

belleza, y una mujer con esos parientes sabe Dios lo que pué llegar a ser.

MAN. ¡Sabe Dios! Hoy por hoy no puedo ser menos.
¡Una obrera de un tejar!...

CIP. Eso es verdá. Tú, en vez de hacer ladrillos, debías estar pisando mosaicos.

MAN. Bueno. Voy a seguir mi faena. Por ahí anda la Satur.

CIP. No me la nombres, que desde que ha entrao esa mujer en el tejar, estoy que no vivo.

MAN. ¿Se ha metío con usté?

CIP. No se ha metío y se ha metío. A esta Satur, además de ser alcohólica, la debe pasar algo misterioso. Y lo que la pasa es conmigo. Es decir, conmigo, no. Me debe haber confundío con otra persona. Siempre que me ve, hace la misma operación: se me queda mirando muy fija, se sonrís con tristeza, suelta unas lágrimas y dice suspirando: «¡Ay! ¡Es inútil!...» No sé si lo dirá por mí. Saca el frasco del aguardiente, se echa un buen trago y dice: «¡Pa olvidar!» Vuelve a sonreír con tristeza y sin decir más se va cantando.

MAN. No le quepa duda que eso es el aguardiente.

CIP. ¡Qué sé yo! Me tié preocupao.

MAN. ¡Pobre mujer! ¡Quién sabe cómo nos veremos nosotros. *(Vase con los cubos)*.

CIP. A mí por un lao me da pena; pero por otro lao... Ya está aquí. Me haré el desentendido. *(Vase hacia el pozo y aparece Satur. Es un tipo desastrado y grotesco. En su cara se reflejan los efectos del alcohol. Llega empujando una carretilla llena de ladrillos. Se coloca a prudente distancia de Cipriano y va haciendo todo cuanto él anunció. El detalle queda a juicio de la actriz. El mutis lo hará cantando con mucha pena el conocido tango argentino que dice: «¡Adiós, muchachos, compañerós de mi vida!...»)*

CIP. Ná. Que la ha tomao conmigo. Yo, en cuanto vuelva otra vez, la voy a preguntar qué la pasa,

a ver qué pasa. *(Se oye disputar en alta voz).*
Ya debe haber armao bronca. ¡Ah, no! Es mi
hija, que está como siempre. *(Aparecen Colasa
y Gorila, que vienen regañando. Los dos son
tipos de trabajadores del tejar. Van sucios y
desastrados. Colasa ostenta una leve joroba).*

COL. ¡Maldita sea! El mejor día le voy a acharrandar
a uno las narices.

GOR. Ven aquí, mujer... ¡Qué genio tienes!

COL. ¡Qué genio ni qué joroba! Parece que he venido
al tejar pa ser el hazme de refr de toa esta
gentuza.

CIP. ¿Qué ha pasao, hija mfa?

GOR. Ná, señor Cipriano. Que su chica, como usted
sabe y como sabemos tóos, está rabiando por
saber lo que es tener novio.

CIP. No te extrañe. Es una pobre abeja que está
deseando saborear las mieles del amor.

COL. ¡Con tanto zángano como hay por ahí...

GOR. *(Aparte.)* (Eso va por mí). Bueno. A lo que
iba. El Petaca, que es mu chirigotero, la ha
dicho: «Colasa, ¿cuándo te casas y pones csa?»

COL. ¡Ya ve usted qué guasa!

GOR. Y ésta le ha contestao: «Me voy a meter
monja». Y entonces yo he dicho: «Se va a
meter en las Carboneras». Y se ha enfadao.

COL. ¡Como que eso es llamarme cucaracha!

CIP. No, hija mía. Es que hay monjas que se llaman
así. Como las hay Capuchinas y las hay Des-
calzas.

COL. ¡Ah! ¿Sí? Entonces retiro lo que te he dicho,
Gorila.

GOR. Pero retíralo bien, ¿eh? Porque le advierto que
me ha llamao hasta ladrón. ¿Soy yo ladrón,
señor Cipriano?

CIP. Hombre, te dirè... Eres ladrón y no eres ladrón.

GOR. No, señor. Yo soy cletómano. Así me lo han
dicho los médicos. Es una enfermedá como
otra cualquiera.

CIP. Como otra cualquiera, no. Porque eso de que
me quites a mí el tabaco y a otro las cerillas y

- a otro el dinero... Porque también has cogido dinero...
- GOR. Sí, señor. Pero ha sido sin darme cuenta.
- CIP. Pues ponte en tratamiento, porque si no te van a tratar muy mal. A mí, como me vuelva a faltar el tabaco, te voy a poner una receta que te va a sentar como un tiro.
- GOR. Ya estoy tomando el aceite de hígado de bacalao. Dicen que es debilidad.
- CIP. Eso creo yo. Debilidad por llevarte todo lo que pescas. Procura cuidarte, amigo Gorila.
- GOR. Bueno y eso del mote sí que se va a acabar. Ya no contesto más por Gorila. Me llamo Medardo Cogolludo. No se le olvide a usted. Medardo. *(Vase)*.
- CIP. Como no me des tarjeta me parece que se me va a olvidar. Por más que a este, en vez de Gorila, le debían llamar urraca.
- COL. ¡Pobrecillo! Si es verdad que tienes la enfermedad esa, habrá que ver lo que sufrirá el pobre cada vez que tenga que quitar algo.
- CIP. Ríete tú de eso. ¡Menuda martingala se trae!
- COL. Pues diga usted lo que quiera, no es mal muchacho.
- CIP. Ahora te parece bueno. Hace poco regañabas con él.
- COL. Bueno. Bueno. No la tome usted conmigo. Hace unos días que está usted imposible.
- CIP. La que está imposible siempre eres tú. Y tienes razón Gorila. Todo porque no te sale novio. ¡Como si yo tuviera la culpa!
- COL. Tampoco yo la tengo.
- CIP. ¡Míá que no haber uno siquiera que te diga ¡por ahí te pudras!...
- COL. Eso sí me lo han dicho varios. Pero pedirme relaciones, ni uno. Y es que no buscan más que chicas guapas, aunque sean pingos. Así es que las decentes, como yo, se mueren de asco. Y eso que ahora hay un chico que siempre que me ve me dice: «¡Adiós, so feal!» Pero me lo dice de un modo como queriéndome

- decir algo. Aunque toavía no me ha dicho ná.
- CIP. ¿Qué tal tipo tiene?
- COL. Es un chico alto. Fuerte él. Así un poco nervioso. Creo que es de aquí de Leganés.
- CIP. Ten cuidao no sea algún loco.
- COL. ¿También usted? ¿También usted me va a tomar el pelo?... ¡Jesús qué asco! ¡Estoy más harta de vivir!... (*Aparece Manola.*)
- MAN. ¿Qué te pasa, mujer? Siempre estás renegando.
- COL. Si yo tuviá la suerte que tú...
- MAN. Una suerte loca, ya lo ves.
- COL. Pero te sobran los pretendientes.
- MAN. Sí; muchos pretendientes, pero yo estoy libre y bien libre, como tú sabes.
- COL. Eso, porque no quieres. Mariano, el encargao, el ahijao del maestro, está enamorado de ti.
- MAN. No será tanto cuando toavía no me ha dicho ná.
- CIP. Y si es el maestro de obras...
- MAN. ¿Quién? ¿El señor Carmelo? Tampoco me ha dicho ná.
- COL. Pues Mariano se lo ha dicho a too el mundo... A mí, sobre too, me ha tirao dos o tres puntadas.
- CIP. Y a mí el señor Carmelo han sío más que puntadas. Me tiene cosido a preguntas. ¡Que si tienes novio!... ¡Que si quieres a alguno!... ¡Que si es una pena que estés aquí en el tejar!... Y en eso tié razón. Tú has nacido pa otros barrios. Tú tiés que volar.
- MAN. No crea usted que me faltan pájaros en la cabeza... Pero yo no sueño con casarme. Mi ilusión es otra. Lo que yo quiero es vivir otra vida mejor que ésta. Sin dejar de ser honrá, pero otra vida. ¡Vida de artista! Mi ilusión es el teatro. ¡Cantar!... ¡Que me aplaudan!... ¡Que me admiren!... ¡Tener muchos trajes!... ¡Muchas alhajas!... ¡Viajar! ¡Correr el mundo!... ¡Disfrutar de la vida! Porque esto no es vivir... ¿Verdá que esto no es vida?
- CIP. ¡A ver qué vida! No es porque estés de hués-

- peda en mi casa, pero tú piensas con la cabeza...
- COL. Claro. Si yo tuvía su cara y su cuerpo, también pensaría así. Pero con esta facha, ¿en qué voy a pensar, como no sea en el suicidio?
- CIP. Ten paciencia, hija mía, que ya se arreglará eso.
- MAN. Sí, mujer. Nunca falta un roto para un descosido.
- COL. Bueno, bueno, no hablemos de eso, que me desespero. *(Coge los cubos.)* Siga usted sacando agua, no vaya a venir el maestro. *(Vase.)*
- CIP. Lo que voy a sacar es un pitillo y a fumármelo tranquilamente.
- MAN. Yo sacaré agua mientras tanto. Que ya estoy cansá de acarrear. *(Se dispone a sacar agua del pozo.)*
- CIP. *(Después de registrarse todos los bolsillos.)* ¡Vamos, hombre! ¡Maldita sea! Ya me han choriceao el tabaco. Y esto ha sido el enfermo ese. Ahora mismo voy a buscarlo y le voy a dar una receta que le voy a hinchar. *(Vase.)*
- MAN. ¡Que esta jaula no es pa mí!... Demasiao lo sé. Pero aunque tengo la puerta abierta, me da miedo echar a volar. ¿Dónde voy yo?... ¡Callal! Parece que viene por allí el señor Carmelo... Sí: él es. ¿Qué se traerá en el pico este tío?... Hoy ya ha venfo dos veces. Me haré la loca. *(Sigue tirando de la cuerda, y cuando el cubo está arriba, entra Carmelo.)*
- CAR. La belleza elevada al cubo.
- MAN. ¿Otra vez por aquí?
- CAR. La sogá tras del caldero. ¡Lo que es la vida! Tú sacando agua del pozo, y yo sin sacar ni agua...
- MAN. ¿Es que piensa usted sacar algo de aquí?
- CAR. Con la esperanza vivo.
- MAN. Yo creí que vivía usted solito ..
- CAR. En la más completa soledá. Pero aunque viva con la esperanza y la soledá me acompañe, yo necesito una mujer que endulce mis ratos de amargura.
- MAN. ¡Azúcar!

- CAR. Soy muy goloso, la verdad.
MAN. Pues lo que sobran son mujeres. Búsquela-
usté.
- CAR. A eso voy. Es decir, a eso vengo. Y tú sabes a
lo que vengo aquí.
MAN. Claro que lo sé. A encargar ladrillos y tejas,
cuando le hacen falta.
CAR. Por la gloria de Cotón, que no vengo a eso.
Porque has de saber que en este tejar se ven-
den los materiales más malos que en ninguna
parte. Y de precio no hablemos: el ladrillo,
caro... La teja, cara... Yo vengo aquí por otra
cosa, que también es cara... ¡Pero qué cara!
MAN. Bueno. ¿Quería usted alguna cosa?
CAR. ¡Quiero tanto!... Es decir, demasiao sabes tú lo
que quiero.
MAN. Lo malo es si usted quiere una cosa y yo quiero
otra.
CAR. ¿Y por qué no hemos de querer los dos lo
mismo?
MAN. Quiera usted lo que quiero yo.
CAR. ¡Quiera usted! ¡Quiera usted! Pero si yo quiero
siempre. Si por eso me he quitao de jugar al
mús... Lo que pasa es que yo no sé entoavía lo
que tú quieres. Eres una niña tan caprichosa...
MAN. Nada de niña. ¡Yo soy una mujer!...
CAR. ¡Y qué mujer!... Después de aquella santa, Dios
la tenga en la gloria, eres la única que me ha
quitao el sueño y el apetito. Me ponen la co-
mida, me quedo mirando al plato y te empiezo
a ver a ti y a pensar en ti, y ya no como.
MAN. ¿De modo que me tiene usted hasta en la sopa?
CAR. En la sopa, en los garbanzos, y no hablemos
del postre, que el otro día hice el ridículo co-
miendo la fruta.
MAN. ¡Ah! ¿Sí? ¿Y cómo fué eso?
CAR. Que entró la criada de pronto y me pilló be-
sando un puñado de cerezas, porque me creía
que eran tus labios.
MAN. Usted es un guasón de primera.
CAR. Estoy hablando en serio. Y en serio te digo

que soy viudo. Que no tengo hijos a quien dejarles ná, y que los cuatro chavos que tengo te los comes tú cuando quieras.

MAN. Y yo le digo a usté, también muy en serio, que yo tiro pa otra vida. Y que la vida que yo quiero, es el teatro. ¡El escenario! Yo tengo muchas ilusiones. Yo quiero ser artista; creo que tengo condiciones pa ello, y a eso voy.

CAR. Ese ya es otro camino. Pero por donde tú vayas, salgo a tu encuentro y te digo: «Aquí me tienes». ¿Quieres ser artista? Lo serás. Eso corre de mi cuenta. Y diciendo yo que corre, no es que corre, es que vuela. Mañana mismo vas a un maestro que te enseñe lo que haga falta pa eso. Y en asunto de ropa, calza, etcétera, ni preocuparte. Vas a ir envuelta en tisú y con más pedrería que una sultana del moro.

MAN. Bueno. ¡Pero pa tóo eso no me pondrá usted ninguna condición que yo no pueda aceptar?

CAR. Aquí no hay más condiciones que las que tú tengas pa ser artista.

MAN. No ambiciono más que eso. Si es usted tan bueno que quíe ayudarme sin interés de ná, ¡Dios se lo pagará, señor Carmelo!

CAR. Basta. Yo no soy hombre que haga un favor pa luego aprovecharse de él. En una palabra: lo que haga es sin interés de ná, y con miras honrás y paternas. Que a mí a hidalgo y caballero no me gana ni el Don Quijote de la Mancha.

MAN. Gracias, señor Carmelo, muchas gracias.

CAR. Las gracias se las das a Dios, que tienes muchas, a Dios gracias. Y como esto está resuelto, pa ultimar detalles, sería conveniente que nos viéramos en un sitio reservao donde poder hablar con más libertá.

MAN. Va a ser difícil. Pero se me ocurre una cosa: a mí me ponen un cocido al mediodía en «La Manigua». En este ventorro de aquí al lao. Si usted quiere, nos vemos ahí a las doce.

CAR. Ese cocido va a tener hoy principio.

MAN. Lo que hace falta es que tenga buen fin.

- CAR. Lo tendrá. Yo no diré que sea un santo, pero soy un creyente.
- MAN. Ya sabe usted que no estaré sola. Vendrá conmigo una compañera. La Colasa, la chica del señor Cipriano, con los que estoy de huésped. A mí me gustaría más que fueras tú sola.
- CAR. Sola no puede ser.
- CAR. Si no puede ser, ¿cómo ha de ser!
- MAN. A las doce, en la Manigua.
- CAR. Como un clavo. Y después del cocido, nos vamos a dar un paseito en automóvil, a treinta y cinco por hora; a mí no me gusta correr mucho.
- MAN. Ni a mí tampoco.
- CAR. Nos vamos a ir hasta la Sierra.
- MAN. Hable usted bajo, que viene gente.
- CAR. Rezaremos... *(Sigue hablando en voz baja, y aparecen Mariano y Gorila, que vienen discutiendo.)*
- GOR. ¡Que no, Mariano, que no!
- MAR. Que sí, hombre, que sí. Que sé yo que has sido tú.
- GOR. Palabra que no te he quitao más que las cerillas. El tabaco es del señor Cipriano.
- MAR. *(Aparte a Gorila.)* Ya está ahí ese tío flamenco.
- GOR. *(Aparte a Mariano.)* Camelando a Manola. Y tú en la higuera. Ya debías haberla hablabao.
- CAR. Hola, Marianito.
- MAR. ¿Cómo otra vez por aquí?
- CAR. Pues ná. Que me han salío dos o tres chapuzas grandes, y como hace falta mucho material, quiero que me déis una nota de la cantidad de ladrillo que tengáis disponible para la semana que viene.
- MAR. Hombre, eso mismo se lo vino usted a decir a mi padrino esta mañana.
- CAR. ¿Esta mañana? No recuerdo. Pero cuando tú lo dices, será verdá. Es que hace unos días que estoy algo distraído.
- MAR. Sí; usted acostumbra a distraerse mucho.

- CAR. Y lo que pienso distraerme. La vida es eso. Mi lema: juerga, jarana y jamón. Las tres jotas.
- MAN. Hace usted bien. Dichoso el que puede hacerlo.
- MAR. Pues esa nota ya se la dará mi padrino.
- CAR. ¿No está el maestro?
- MAR. Ha tenido que bajar a Madrid. De modo que vuelva usted esta tarde.
- CAR. Esta tarde no voy a poder. Tengo hoy una comida íntima con unos amigos para tratar de un asunto que me interesa mucho. Volveré mañana.
- MAR. Cuando usted quiera.
- CAR. Conque hasta mañana. Adios, muchacho.
- MAR. Dispense que no le dé la mano, pero ya ve usted como las tengo.
- CAR. Manos sucias por el trabajo no ofenden. Adiós, Manolita, que sigas tan guapa. (*Vase.*)
- MAN. Y usted tan distraído.
- MAR. ¡Parece que nos gusta la conversación del señor Carmelo!...
- MAN. Es muy simpático.
- GOR. Y ya tiene sus años.
- MAN. Sí que es viejo. Pero diciendo cosas y echando flores a las mujeres parece que ha entrado ahora en quintas.
- GOR. (*Aparte a Mariano.*) Sienta plaza, so primo.
- MAR. (*El primo eres tú. No conoces mi genio. Si yo la pido relaciones y me dice que no, ¿qué pasa?*)
- GOR. (*No pasa nada.*)
- MAR. (*Eso crees tú. A mí me dice esta mujer que no y hay una tragedia.*)
- GOR. (*¿Quién que la hable yo?*)
- MAR. (*Si a mí lo que me sobran son palabras. Es que me conozco. Me tengo miedo, Gorila, me tengo miedo.*)
- GOR. Oye, Manola. Aquí, Mariano, me estaba diciendo...
- MAR. Yo no te he dicho ná.
- GOR. ¿No me estabas diciendo que tendrías gusto en oírte cantar?

- MAR. ¡Ah! Bueno. Eso, sí.
MAN. Ya me ha oído otras veces.
GOR. Te oye cuando estás trabajando. El quiere córt
toas las de la ley.
MAN. Pues hombre, haberlo dicho antes.
GOR. No se atrevía por si le decías que no.
MAR. Oye. Yo no te he dicho eso.
GOR. ¿No has dicho que si no quería cantar, iba a
ser pa ti una tragedia?
MAR. ¡Ah! Bueno. Eso sí.
MAN. ¿Cómo iba a decir que no? Y a él menos.
GOR. Pues pa luego es tarde. (*Aparte a Mariano.*)
(Ya es tuya).
MAR. (*Aparte a Gorila.*) (Pa cantar, si).
GOR. (*Llamando a voces.*) ¡Compañeros! ¡Compañe-
ros! ¡Venir tóos en seguidal
MAN. ¿Qué quies que cante?
MAR. Tú cantas lo que sea y yo encantao. (*Aparecen
Colasa, Satur, la Churri, la Nicanora, Cipria-
no, el Petaca y Celestino.*)
PET. ¿Qué pasa?
CEL. ¿Qué ocurre, Gorila?
CIP. ¿Es que vamos a pedir mejoras?
GOR. Vamos a tener un rato de recreo, de acuerdo
con el encargao.
CIP. Eso está bien. Y debíamos reunirnos pa pedir-
lo toós los días. Un rato por la mañana y otro
por la tarde.
CEL. Conmigo cuente usted pa toó lo que sea.
SAT. Y con una servidora también.
GOR. Cuando quieras, Manola.
MAN. Va por el encargao.
MAR. (*Aparte.*) (¡Que va por mí! ¡Cualquiera sabe
por dónde va esta mujer!)
MAN. ¡La chalequera!
CIP. ¡Agarrarse! Que se os va a caer el chaleco.

MÚSICA

- MAN. De los madriles soy chalequera
y fué mi cuna la cabecera;

que allá en el Rastro donde nací
está lo más castizo que hay en Madrid.
Un novio me ha salido hará dos o tres meses
que dice que trabaja en casa de Meneses.
No se si será bueno o será un desahogao,
ni si es plata de ley o tan sólo está chapao.
Sólo sé que me quiere a cegar
y me vuelve loquita de atar,
cada vez que arrimándose a mí
muy bajito me suele decir:
Chalequera retrechera, chalequera de mi vida,
de la tela que tú quieras hazme un chaleco en
(seguida.
Mi chaleco, mi chaleco, que va a ser de fantasía,
si lo cosen esas manos que también hacen cari-
(cias.

CORO

Es un chaleco de mucho postín.

CIP.

Yo me lo pongo para ir a Maxin.

MAN.

No se si será bueno o será un desahogao,
ni si es plata de ley o tan sólo está chapao.

SAT.

¡Mú bien, chical! Eres una vedete.

CIP.

Un abrazo, Manolita. No es porque estés de
huésped en mi casa, pero eres una artista de
cuerpo entero. *(La abraza.)* ¡Y vaya un
cuerpo!...

GOR.

(Mirando por lateral.) ¡El maestro! ¡El maes-
tro! *(Pretenden iniciar la retirada, pero les
sorprende el señor Lucio.)*

LUC.

¡Muy bonito! ¡Muy bonito! Se oye la juerga
desde un kilómetro. Pa que yo me entere.
¿Esto es un tejatío o es un salón de varietés?

CIP.

Es un rato de expansión, señor Cantarranas.

LUC.

¡Estamos apañaos! Entre las expansiones, la
jorná de ocho horas, el descanso dominical, los
sábados ingleses, los lunes belgas y los jueves
alemanes, la vida es un soplo. ¿Y vosotros sois
hijos del trabajo?

CIP.

De legítimo matrimonio.

LUC.

Pues tenéis a vuestro padre abandonao. A este
paso lo veo en un asilo. ¡Hale, hale a trabajar

too el mundo! Y se han acabao las expansiones. Aquí no habla nadie más que yo ni canta nadie más que yo.

CIP. Está bien, señor Cantarranas.

COL. (¡Qué tío negrero!)

GOR. (¡Chist! ¡Qué no se puede hablar!) (*Van desfilando todos, menos Mariano, que se queda mirando cómo se aleja Manola.*)

LUC. Y de esto tiés tú la culpa, que en vez de defender mis intereses, que el día mañana serán tuyos, te pones de juerga con ellos.

MAR. Usted perdone, padrino. Pero ya sabe que yo no valgo pa mandar como usted.

LUC. Entonces, ¿pa qué vales tú? ¡Se ríen de ti los operarios!... ¡Se ríen de ti las mujeres!...

MAR. Las mujeres no se han reído toavía.

LUC. Porque a ninguna le habrás dicho ná...

MAR. Por eso no se lo digo. Porque como yo hable a una y se ría de mí, la mato.

LUC. Lo que hace falta es que no mates el tiempo. Anda a tu quehacer y a ver si tiés un poco más de genio.

MAR. Eso es lo que a mí me pierde. El genio. ¡Maldito sea mi genio! (*Vase. Aparece Cipriano con un ladrillo. Viene muy despacio.*)

LUC. ¡Bien, hombre, bien!

CIP. ¿Quería usted algo, maestro?

LUC. Que tengas más formalidá. Ya vas teniendo edá pa ello.

CIP. Le advierto a usted que yo he tomado parte en la jarana por compañerismo.

LUC. Ya lo sé. Pa eso de no trabajar os lleváis muy bien. ¡Buen chasco me he llevao contigo! Cuando entraste en el tejear, me dije: «¡Gracias a Dios que he dao con un hombre trabajador!» Pero a los cuatro días me convencí que eras como todos. El primer día, voláis. El segundo, corréis. El tercero, andáis, y al llegar el cuarto, os tumbáis.

CIP. Maestro, hay que descansar. Que Dios, con ser Dios, al séptimo descansó.

- LUC. Es que Dios había hecho el mundo.
CIP. Eso es una bola. ¡Sabe Dios lo que le costaría a Dios hacer este cochino mundo!
- LUC. ¡Te podrás tú quejar de él... Anda, anda, trabaja y no ofendas a Dios, no sea que te castigue. *(Vase.)*
- CIP. ¿Más castigao toavía?... Menúo castigo verme al cabo é mis años trabajando como un negro y por si era poco con una hija, que es la negra... Lo que daría yo porque la saliera novio... Va a ser cosa de pedírselo a San Antonio... Y va a ser ahora mismo. *(Se arrodilla, se quita la gorra y dice mirando al cielo.)* ¡San Antonio! ¡San Antonio bendito! Aquí. En los tejares del señor Lucio, alias Cantarranas. Es un mortal que desea hablarte: Cipriano Zambrana. *(Aparece Colasa, que queda sorprendida al ver a su padre en aquella actitud.)*
- COL. *(Aparte).* (Con quién hablará mi padre.)
CIP. Quiero pedirte un favor. Se trata de mi chica.
COL. *(Mirando hacia arriba).* ¿Con quién habla usted?
CIP. Con San Antonio.
COL. ¿Qué le va usted a pedir?
CIP. Ahora verás: San Antonio. Tú ya sabes quién es mi chica. ¿Eh? Sí, sí. Ya veo que la conoces. ¿Eh? ¿Y qué quées que haga? Soy su padre y tengo que aguantarlo. Bueno. Haz lo que puedas. Siquiera por mí. Yo te pido para ella un chico bueno, trabajador, decente.
- COL. No pida tanto. No se pueden pedir gollerías.
CIP. Ya lo oyes. Un chico, sea como sea. Aunque sea un golfo y un vago. Ella lo que quiere es uno. ¿No es así?
- COL. Pídale dos, por si acaso uno se arrepiente.
CIP. Bueno. Pues un par de ellos. ¿Eh? Qué, ¿lo harás? ¡Gracias, San Antonio bendito! Yo rezaré toos los días. A ver si esta hija se queda tranquila y me deja en paz. ¿Eh? Sí, sí. Bueno, bueno. *(Se pone en pie.)*
- COL. ¿Qué le ha dicho a usted?
CIP. Que tengamos paciencia, que ahora se va a

veranear. Como tié tanto trabajo, irá a descansar unos días. Pero que en cuanto regrese, lo primero que hace es lo nuestro.

COL. ¡Dios lo quiera y San Antonio bendito! Pero a mí me parece imposible...

CIP. ¡Quién sabe, mujer! Yo tengo esperanza de que en el cielo me atiendan. ¡Como yo no he molestao nunca a ningún santo!.

COL. Y ahora otra cosa, padre. Hoy tié usted que comer el cocido sólo.

CIP. Como tóos los días. Nunca tenemos otro plato.

COL. Si no es eso. Es que tié usted que irse solo a casa. Yo voy a comer aquí en «La Manigua», con la Manola. La ha convidao el señor Carmelo, y quiere que yo la acompañe. Creo que va a ser un cocido jamón. Con principio y toa la pesca. Y después un paseo en taxis. No tengo más remedio que ir.

CIP. ¡No faltaría más! A las doce en la Manigua. Y yo contigo.

COL. Pero si me ha invitao a mí sola.

CIP. El que invita a la hija invita al padre.

COL. Conque dice que le ha costao trabajo convencerle paque fuá yo con ella... Que él quería que estuvieran los dos solitos...

CIP. Pues vamos a ser dos parejas; además, que donde comen tres, comen cuatro.

COL. Se lo diré a Manola, a ver qué dice.

CIP. Diga lo que quiera. Se trata de una hija y de una huéspedea, y yo no os dejo solas con un hombre. Pediremos permiso al maestro pa faltar esta tarde.

COL. Bueno, bueno. Yo no digo ná. Allá usted y ellos. *(Vase)*.

CIP. Cocido jamón... principio... paseo en taxis... Eso no me lo pierdo yo. ¡Mía por donde me he buscao el cocido!... *(Mirando hacia lateral.)* Y bien que me lo he buscao. La Satur otra vez. No, Pues ahora no se me escapa. Como me haga lo de siempre, no me lo vuelve a hacer más. *(Aparece la Satur con la carreti-*

lla y comienza, efectivamente, a repetir la escena de siempre. Antes de que haga mutis, Cipriano la detiene muy malhumorado.) ¡Un momento! ¿Por quién me has tomao tú a mí?

SAT.

Por el que eres.

CIP.

¿Y tú sabes quién soy yo?

SAT.

¡Ojalá no te hubiese conocido!

CIP.

Tú no me conoces.

SAT.

Demasio. Tú eres el que no sabes quién soy yo. ¡Cómo me has olvidao! ¡Mírame a la caral! ¿No te recuerda ná del pasao?

CIP.

Si te he visto, no me acuerdo.

SAT.

Pues soy ella.

SAT.

¿Tú eres ella?

SAT.

Y tú eres él. Cipriano Zambrana. Tenías veinte años. Un pantalón abotinao, una gorra de visera, un pañuelo encarnao al cuello y un organillo. ¡Las vueltas que da el mundo!...

CIP.

(Recordando.) ¡Ese soy yo!

SAT.

Y yo soy ella. ¡La Satur! Diez y ocho años. Planchadora. Calle de Mira el Sol. Toas las tardes cafas por el taller a las seis y media. ¿Te acuerdas lo que me tocabas?...

«Con una falda de percal planchá
y unos zapatos bajos de charol»...

(Canta, mientras con la mano simula tocar el organillo.)

CIP.

(Recordando mientras ella canta.) ¡Calla! ¡Calla! ¡Sí! ¡Sí, sí! ¡Es ella! ¡Eres tú!... Saturnina Caparroso... ¡¡Saturnina!!

CIP.

¡¡Cipriano!! (Se abrazan fuertemente.) ¡No me conocías! ¡No soy ni mi sombra!...

CIP.

Es que la ropa hace mucho.

SAT.

Y más que la ropa, las penas. ¡Lo que he sufrido por tí!... ¡El aguardiente que he tomao pa olvidarte! Y cuando ya me iba haciendo efecto el alcohol, entro en el tejatropiezo contigo.

CIP.

¿De mío que eres borracha por mi culpa? Dame un abrazo. Y dame el frasco del aguar-

diente. *(Se lo entrega y bebe.)* Esto se ha acabao.

SAT. No lo tires. No tengo en el mundo a nadie más que a mi Frasquito. Es el único que me ha hecho feliz. Con él me acuesto... Con él me levanto... Y toavía no me ha dao un disgusto. Al contrario. Me quita las penas. ¡Dios le bendiga!

CIP. ¿Así que estás sola en el mundo?

SAT. No estoy sola, pero como si lo estuviera.

CIP. ¿Y tu padre?

SAT. En el Asilo.

CIP. ¿Y tu hermano?

SAT. En el Hospital.

CIP. ¿Y tu chico?

SAT. En el Hospicio.

CIP. Oye. ¿Sabes que tu familia es una carga pa el Estao?..

SAT. Hay que aprovecharse de los establecimientos benéficos. Y si yo no tropiezo contigo, antes de un mes estoy en los Incurables.

CIP. ¿Ahora ya no irás?

SAT. Ahora no sé si iré a un manicomio, porque estoy loca. ¡Loca de alegría! Yo creí que mi vida había terminao, y veo que va a empezar de nuevo. ¡Ya estoy viendo el principio!

CIP. A propósito de principio. Hoy vas a comer conmigo. Un cocido jamón. A las doce en punto te espero aquí, en «La Manigua».

SAT. Oye, negro. Tendrá que venir conmigo la Nicanora. Comemos juntas toos los días y me da no sé qué dejarla sola.

CIP. Bueno, que vaya la Nicanora. Donde comen cuatro, comen cinco. Es decir, ya somos más. Bueno. Donde comen cinco, comen seis.

SAT. ¡Ay, Cipriano! ¡Cuántas cosas tengo que contarte! *(Lo abraza y aparece Gorila, que los sorprende.)*

GOR. *(Aparte.)* ¡El señor Cipriano abrazando a la Satur!... ¡Se necesitan ganas! Estos viudos no miran ná.)

- CIP. Dispensa, Gorila.
GOR. Allá cuidaos. Yo no he visto ná.
SAT. Como que no ha pasao ná. Estábamos recordando otros tiempos.
- CIP. Esta mujer estuvo a punto de ser mi mujer.
SAT. Lo que es que se metió por medio otra mujer, que fué su mujer. ¡Y vaya mujer! ¡Las veces que te puso en ridículol...
- CIP. ¡Paz a los muertos, Saturnina!
GOR. Y al cabo é los años recordaban ustés su juventú...
- SAT. Recuerdos del pasao, ¿verdá, Cipriano? (*Dice esto haciendo mutis.*)
- CIP. Sí. Recuerdos.
GOR. Tenga usted cuidao, que está deseando enganchar a alguno.
- CIP. Eso les pasa a muchas.
GOR. Sí. Por lo menos a su chica, le ocurre lo mismo.
- CIP. Oye. Ahora que hablas de mi chica. Tú me vas a hacer un favor. Pero un favor mú grande. Vas a pedirle relaciones.
- GOR. ¿Yo?
CIP. Sí, hombre, no te asustes. No es pa que te cases con ella. Sino pa que hables con ella una temporá. A ti que te gusta tanto quitarla tóo, a ver si la quitas el mal humor.
- GOR. Ya sabe usted que lo que yo quito, es sin querer.
- CIP. Por eso te pido que, sin querer, la digas algo. Y cuando pasen unos días y se haya lucío contigo delante de las amigas, regañas con cualquier pretexto y la dejas.
- GOR. Lo malo es si ella no me deja a mí...
CIP. Sí, hombre. La chica tié mucho amor propio, y a la menor cosa...
- GOR. Bueno, bueno. Por hacerle a usted el favor, la hablaré. Pero sin compromiso ni derecho a reclamaciones. Que conste bien que no es más que pa pasar el rato.
- CIP. Pa pasar el rato, pero sin pasar de hablar.

- GOR. No, sobre eso no hay cuidao. Hoy mismo empiezo la faena, a ver qué pasa.
- CIP. ¡Qué va a pasar! Que se pondrá muy contenta, que es lo que yo quiero. Bueno. Voy a irme arreglando, que las doce están al caer. Gorila, muchas gracias por el favor.
- GOR. De ná. Usté me manda lo que quiera.
- CIP. (*Haciendo mutis y aparte.*) (Yo lo que te mando es la chica, pero que ahora mismo).
- GOR. ¿Y qué la digo yo? Con la cara que tiene no se me va a ocurrir ná. Claro, que me dirá que sí en cuanto abra la boca. ¡Anda! Ya me la ha largao p'acá el señor Cipriano. (*Aparece Colasa.*)
- COL. (*Aparte.*) (Me ha dicho mi padre que me salga un rato al pozo... No creo que sea para que me tire.) (*Dirigiéndose a Gorila, que no cesa de mirarla.*) ¿Qué miras tanto?
- GOR. Pues miro .. (*Aparte.*) (¡Qué poco tié que agradecer a Dios!...)
- COL. ¿Tengo monos en la cara?
- GOR. Tienes dos. Lo digo por tus ojos, que son muy monos. (*Aparte.*) (¡Vaya piropo!)
- COL. Gracias. Es favor.
- GOR. (*Aparte.*) (Yo me lanzo.) Oye, Colasa. Eso que estás diciendo siempre de que las hay que suspiran por mi cuerpo serrano, ¿es verdad?
- COL. Ya lo creo. Hay una que no es que suspira, es que llora.
- GOR. Me alegraría conocerla, pa enjuagar sus lágrimas.
- COL. ¿De verdá?
- GOR. Lo que oyes.
- COL. (*Rompe a llorar escandalosamente.*) ¡Ay, San Antonio bendito! ¡Qué buena eres!
- GOR. ¿Pero eres tú?
- COL. Yo, Gorila de mi corazón.
- GOR. (*Aparte.*) (¡Hay que ver qué pronto la he conquistao!)
- COL. (*Sin dejar de llorar.*) Gracias, San Antonio de mi alma.

- GOR. No llores, mujer. (*Aparte.*) ¡Pobrecilla! En medio de tóo, me da lástima. Se me está metiendo en el corazón).
- COL. ¡Ay, Gorila, si tú me quisieras!...
- GOR. Si yo te quiero.
- COL. Si siempre estás diciendo que soy tea.
- GOR. Lo digo en broma. Ahora te digo en serio que me gustas.
- COL. Yo comprendo que, de medio cuerpo p'arriba, no estoy bien; pero de cintura p'abajo, soy una escultura. Eso no lo sabe nadie más que yo, que me he visto cuando me visto.
- GOR. No. Si se ve. Amos, no se ve, pero se nota.
- COL. Esto de la espalda es lo que me fastidia.
- GOR. Pero como es un defecto que lo tiés detrás, pues no se ve.
- COL. Se ve que me quieres.
- GOR. No creí que te quería tanto, la verdá. Casi te hablaba por pasar el rato; pero va a ser pa un rato largo. (*Se abrazan.*)
- COL. (*Aparte.*) ¡No es corto, no!
- GOR. Tú y yo vamos a hablar mú en serio, pero fuera de aquí. ¿A qué hora nos podemos ver?
- COL. Pues a las doce en punto nos vamos a ver aquí en «La Manigua». Comeremos juntos.
- GOR. ¿Qué me dices?
- COL. Un cocido jamón. Paga el señor Carmelo, que ha invitao a la Manola. La Manola me ha invitao a mí, y yo te invito a ti porque me da la gana.
- GOR. Sí. Después de tóo donde comen cuatro, comen cinco.
- COL. (*Despidiéndose con coquetería.*) Adiós, Gorila. (*Aparte.*) ¡Qué novio tan mono tengo). A las doce en la Manigua.
- GOR. Adiós, negra. Guárdame un coco. (*Vanse cada uno por un lado. Por la casa aparece Lucio, mirando el reloj.*)
- LUC. Hombre, las doce y un minuto. ¡Milagro que no han protestao estos gachós. (*Comiencan a oírse voces por todos lados.*)

- CEL. (Dentro.) Oye, tú. ¡Deja el tajo, que son las doce!
- LUC. ¿No lo dije?... No se descuidan mucho, no.
- PET. (Dentro.) ¡Que es la hora de los garbanzos!
- SAT. (Dentro.) ¡Si no han tocao!
- GOR. (Dentro.) ¡Pues que toquen
- CIP. (Dentro.) ¡A ver esa campana!
- LUC. ¿A qué campana te referes? ¿A la de Huesca? Porque esa es la que hacía falta aquí. (Suena la campana y empiezan a desfilar todos los personajes según indica el diálogo.)
- MAN. Maestro. Esta tarde me perdonará usted que no venga, porque tengo que hacer.
- LUC. ¿Qué tendrás tú que hacer?...
- MAN. Hacermé ropa. No tengo más que lo puesto.
- LUC. Bueno, mujer, bueno.
- MAN. Gracias, señor Lucio. Hasta mañana. (Vase.)
- LUC. Anda con Dios, mujer. Me parece a mí que esta chica va a acabar mal. O va acabar bien. Eso es cuestión de suerte. (Aparece Gorila, seguido de Colasa.)
- GOR. Maestro: esta tarde, seguramente, no podré venir. Tengo que ir al reconocimiento. Cosa de las quintas. Como me dieron por inútil... Que no di el pecho, ¿sabe usted?
- LUC. Ya, ya. Tú no das el pecho nunca. Eres inútil, y bien inútil.
- GOR. De móo que me pueo ir, ¿verdád? (Vase, después de quitarle un puro que lleva en el chaleco.)
- LUC. Anda, y no te arregostes. Ya se me ha llevao el puro.
- COL. Oiga usted. Yo también tengo que ir a que me reconozcan.
- LUC. ¿También tú?
- COL. Me van a mirar por los rayos equis, a ver qué es lo que tengo aquí detrás.
- LUC. Eso te lo digo yo: la vergüenza, que te la has echao a la espalda hace mucho tiempo.
- COL. Usted siempre tan chirigotero... ¡Qué maestro

- tan simpático tenemos! Hasta mañana. (*Vase corriendo.*)
- LUC. Pues señor, esto me va escamando. Ya son tres los que han pedido permiso. (*Aparece la Satur, seguida de Nicanora. Detrás, Cipriano, que queda rezagado esperando para hablar con el maestro. Lleva un pañuelo puesto por la cara, simulando que le duelen las muelas.*)
- SAT. Señor maestro...
- LUC. ¿Qué pasa?
- SAT. Ná. No pasa ná. Es que aquí, la Nicanora y yo, nos vamos a tomar la libertá de no venir esta tarde.
- LUC. ¿Pero qué es esto? ¿Es que os habéis puesto tóos de acuerdo pa no trabajar esta tarde?
- SAT. Eso allá cuidaos. A nosotras nos han invitao a un partido de futbol entre el Vallecas y el Doña Carlota, y eso pa mí es sagrao. ¡Arrea, Nicanora! (*Vase*)
- NIC. Hasta mañana. (*Vase detrás.*)
- CIP. ¿Ha visto usted qué deportiva es la Satur?
- LUC. Mucho. ¡Míá que faltar al trabajo por ir a divertirse!...
- CIP. Eso es faltar. Si fuá como yo, que voy a pedir permiso pa sufrir...
- LUC. ¡Ah! ¿Pero tú también? Hombre, esto ya es el colmo.
- CIP. ¡Si viera usted cómo tengo el colmillo! .. Me lo tengo que sacar a la fuerza.
- LUC. Eso te lo hacen en seguida.
- CIP. Es que de paso quiero sacar la cédula, que se está acabando la prórroga. Y con esto de la cédula hay que tener cuidao, porque pué traer cola.
- LUC. Lo que va a traer cola es lo que está pasando aquí. Y ya se ha acabao. Desde luego, no hay permiso pa ti. Y ahora me pesa habérselo dao a los demás. (*Llamando.*) ¡Mariano! ¡Mariano! (*Aparece Mariano, seguido de algunos obreros más, que quedan en escena, sorprendidos al ver la actitud del maestro.*)

- MAR. ¡Que a mí no me toma nadie el pelo! ¡Oyelo bien! El que falte esta tarde al trabajo, queda despedido pa siempre.
- CIP. ¡Eso es una coacción! ¡Compañeros! Ya lo habéis oído. Pido permiso pa sacarme una muela, que ya véis cómo estoy, y me echan a la calle. ¡Si sois compañeros, seguidme! Debéis hacer causa común conmigo.
- CEL. Le seguiremos.
- PET. ¡A la calle too el mundo!
- CEL. Tié usted motivos pa quejarse; sí, señor. Y yo por una causa justa me juego el cocido.
- CIP. No. El cocido de hoy lo tenéis seguro. Y cocido con principio, como no lo habéis comido nunca. ¡Seguidme todos! ¡Vamos a «La Manigua»! Tóo lo que comáis y bebáis está pagao.
- CEL. ¡Amos allá!
- LUC. El que se vaya, no vuelve.
- CIP. Eso lo veremos. Ya se lo dirán a usted los Gomités Paritarios. ¡Compañeros! ¡Al cocido! Después de tóo, donde comen diez o doce, comen veinticuatro. *(Vanse todos en medio de una gran algazara.)*

TELON

The first part of the document
 describes the general principles
 of the system. It is divided into
 several sections, each dealing
 with a different aspect of the
 problem. The second part
 contains a detailed description
 of the apparatus used in the
 experiments. The third part
 gives a summary of the results
 obtained, and the fourth part
 discusses the conclusions drawn
 from the work. The fifth part
 contains a list of references
 and a list of the authors'

10
 20
 30
 40
 50
 60
 70
 80
 90
 100

London, 1912.



ACTO SEGUNDO

Rincón pintoresco en los barrios extremos de Madrid. A derecha e izquierda, varias casas de miserable aspecto. En primer término, la casa donde habita Cipriano. Por la escena, y colgados en las paredes de las fachada, muebles diversos, todos en muy mal estado. En sitio visible y escrito con grandes caracteres, un cartel que dice: «Liquidación, por haber pasao el dueño a mejor vida.»

(Al levantarse el telón, Cipriano se dedica a pintar una mesa. Colasa le ayuda en su faena. La escena, un momento muda. En seguida aparece Matías. Viste de negro. Lleva en la mano un cuadro con moldura dorada y una figura de barro que representa un santo.)

- MAT. Santas y buenas.
CIP. *(Sorprendido.)* ¿Cómo?
MAT. Que santos y buenos días.
COL. ¡Calla! Sí. Sí. Es él. Eres tú. Matías, el trapero.
MAT. ¿Tan desconocido estoy?
CIP. Figúrate. Decir santas y buenas un hombre que siempre entraba en casa diciendo ¡igualdá y fraternidá!...
MAT. ¡Lo mismo dá! Y a lo que vengo, que para un trapero el tiempo es oro viejo. Me dijeron anoche: Cipriano, está liquidando. Al pronto me impresioné; pero luego he sabido que es pa mejorar, gracias a Dios, y te felicito.
CIP. Gracias, Matías.

- MAT. ¿Qué tienes por ahí que puá convenirme? Te advierto que no me dedico más que a la compraventa de objetos religiosos y antigüedades místicas.
- CIP. Ná. Que no te conozco. ¡Tú que soñabas con la revolución!
- MAT. Sí. Pero he despertao. Aquello fué un letargo.
- CIP. ¡Lo que has cambiao!
- MAT. Hay que dir con los tiempos. No te digo más que he cumplío cuarenta y cinco años, y ayer he tomao la primera comunión. A ver si tiés por ahí algún cuadro religioso.
- COL. De esa clase no tengo más que esta Virgen.
- MAT. Sí. Está un poco borrosa, pero me parece que es la Verónica. Debe ser muy antigua.
- CIP. Antiquísima, eso sí.
- MAT. Sí, sí. Es una Verónica.
- CIP. Me la dió mi cuñao cuando me casé...
- MAT. ¿Cuánto quiés por ella?
- CIP. La tengo tasá en diez pesetas.
- MAT. Mal tasá. Por esto no se pué dar arriba de un duro.
- CIP. Dame ocho pesetas.
- MAT. Cinco.
- CIP. Hombre, dame siquiera seis pesetas, por la Virgen.
- MAT. Ni por la Virgen, ni por tóos los santos.
- CIP. Pues, anda, llevátela y que Dios te bendiga.
- MAT. Ahí va un soberano. (*Dándole el dinero. Se queda mirando a un cuadro que habrá colgado en la pared a bastante altura.*) Oye. Que yo no veo bien. Aquel cuadro que tiés allí colgao, ¿son dos angelitos?
- CIP. No. Son los niños de Bienvenida.
- MAT. Me habían pareció otra cosa. Bueno, amigo Cipriano, yo me retiro. ¡Que Dios te dé salud! (*Medio mutis.*) ¡Ah! Oye una cosa. ¿Aquí no dáis globitos?
- CIP. Anda y no seas niño.
- MAT. Que la Magdalena te gué. (*Vase.*)
- CIP. ¡Hay que ver lo que cambian los hombres! An-

tes era bolchevique y ahora es un trapero eclesiástico.

COL. Padre, no venda usted tan barato. Está usted dando las cosas menos de su valor.

CIP. Es que hay que tener valor pa pedir dinero por ciertas cosas. Hay objetos aquí que si no los largamos pronto, se van solos en cuanto apriete el calor. Además, ¿pa qué los queremos? El señor Carmelo nos pondrá una gran casa. Vamos, se la va a poner a Manola, pero es como si nos la pusiera a nosotros. Ya le dije ayer que donde vaya Manolita, voy yo. El quería llevársela a ella sola, pero no había con-tao con la huéspedada. La huéspedada, que es una chica muy decente, y no quiere separarse de nosotros.

COL. Ha estao usted muy bien.

CIP. Y mejor que voy a estar. Nos ha entrao la felicidad por las puertas.

COL. No lo sabe usted bien, padre. Cuando tenga usted un ratifo de lugar, le tié usted que dar las gracias a San Antonio bendito.

CIP. ¿Qué dices? Pero ya...

COL. Sí, padre, sí. ¡Ya era hora que yo tuviese novio!

CIP. ¿Y es formal? ¿O es pa pasar el rato?

COL. Para pasar la vida. ¿Sabe usted quién es? El Gorila.

CIP. ¡Ahl Ya. ¿Te referías a Gorila? Aguárdate un poco, que ya tendremos tiempo de dar las gracias a San Antonio.

COL. ¿Es que usted cree que ese es capaz de dar media vuelta?

CIP. Ese da dos vueltas en el aire. ¡Valiente alhaja!

COL. No hable usted así de él... Es más bueno... No tié ná suyo.

CIP. Ni lo tendrá en su vida.

COL. Y me quiere mucho.

CIP. Mucho adelantas con que te quiera... Si es un vago... Ese no te sirve a ti más que pa ponerlo en el padrón.

- COL. No lo crea ustedé. Ha jurao que está dispuesto a trabajar y a ser hombre de bien. ¡Y todo por mí!...
- CIP. ¡Por tí!... (*Aparte.*) (Si supiera que la ha hablao por mí!...
- COL. Me ha tomao muy en serio.
- CIP. (*Aparte.*) (Ese granuja se debe estar riendo de ella...)
- COL. (*Abrazándole.*) ¡Ay, padre, qué feliz soy!
- CIP. (*Aparte.*) ¡Qué infeliz es!
- COL. Voy a ver si se la ofrece algo a Manola.
- CIP. ¿Se ha levantao?
- COL. ¡Toavía no. Esa ha nació pa señorita. Voy a llevarla el chocolate. Hay que dárla coba.
- CIP. Sí, hija, sí. Mucha coba. No la dejes que se levante. Llévale el chocolate y preguntala si lo quiere con churros.
- COL. Voy, padre, voy. (*Aparte, haciendo mutis.*) ¡Ay, Gorila, qué feliz me has hecho!
- CIP. ¡Pobrecilla! ¡Se va a llevar un mico con Gorila!... Y tengo yo la culpa. Claro, que lo voy a cortar en seguida. En cuanto le vea, le digo que ya está bien. Que ya puede dejarla y retirarse pa siempre. ¡Hay que ver lo loca que se ha puestol... No vaya a ser peor el remedio que la enfermedad... (*Sigue su faena. Aparece Carmelo, que queda leyendo con mucha guisa el cartel anunciador.*)
- CAR. «Liquidación por haber pasao el dueño a mejor vida...» ¡Bendita sea tu vial!...
- CIP. ¡Y bendita sea la suya, que es la que va a salvar la mía! Qué, ¿ha encontrao usted ya el nido?
- CAR. Hombre, ya sabes que ya tenía el nido preparado.
- CIP. Pero era sólo para Manolita.
- CAR. Por eso ahora tengo que buscar un nido mayor. Ya sois dos pájaros más. ¡Y menüos pájaros que estáis hechos tu hija y tú!
- CIP. Dos pobres gorriones, que estaban como aquel

que dice en el alero. Gracias a usted no vamos a hincar el pico.

CAR. ¿Y Manola?

CIP. Piando por usted.

CAR. Oye, Cipriano: ¿es verdá que está piando por mí?

CIP. Está trinando. Como quedó usted en darme ayer tarde las quinientas pesetas y luego no pareció por aquí.

CAR. Tenía que cambiar.

CIP. Ya se lo he dicho yo. Que usted irá cambiando poco a poco.

CAR. La que hace falta que cambie es ella.

CIP. En cuanto cambiemos de domicilio, la equipe usted un poco de ropa y la compre unas cuantas alhajas, no la conoce usted.

CAR. Tú no me conoces a mí. De eso, ni hablar. Ya se lo dije a ella. «Yo soy tan hidalgo y tan caballero como el Don Quijote de la Mancha».

Bueno, Sancho. ¿Dónde está mi Dulcinea?

CIP. En el Toboso. Se habrá levantao ahora y seguramente se estará arreglando.

CAR. (*Abarte.*) (¿Cuándo se arreglará conmigo?)

CIP. Voy a decirla que ha llegao su caballero andante. Tome usted asiento.

CAR. No. No la avises. Que no sepa que estoy aquí, a ver qué impresión la hago. El gesto es el espejo del corazón. Siéntate a mi vera y toma un pitillo. (*Se sientan sobre una meridiana, que habrá en escena, saca la petaca y le da un cigarro; en este momento aparece Gorila.*)

GOR. Hola, señor Carmelo.

CAR. Hombre, a tiempo llegas. (*Ofreciéndole la petaca.*)

GOR. Gracias. Me va usted a perdonar, que le coja un par de ellos.

CAR. Así me gusta. Que pidas las cosas.

CIP. Se va mejorando mucho.

GOR. Estoy muy aliviado. (*Se sienta junto a Cipriano. Carmelo queda entre los dos.*) Hace tres o cuatro días que lo devuelvo todo. Ya me pué usted re-

- comendar a cualquier parte, con toa confianza. Yo necesito trabajar en seguida.
- CIP. El señor Carmelo se ha comprometido a colocarnos a los dos y nos colocará bien. Primero a mí, que soy padre de familia.
- CAR. Pa ti tengo ya pedida una cosa, que creo que te va a gustar. ¿Tú has servío al rey?
- CIP. Sí, hombre. Yo he sío gastador.
- CAR. Pues hecho.
- GOR. A mí, aunque sea pa cobrar cuentas.
- CAR. Tú cobrarás. No preocuparos, que ya vendrán las cosas por sus pasos contaos. A mí lo que no me gusta es que me hagáis numeritos como aquel de «La Manigua». Aquello fué una insurrección. Porque bueno que comiérais los más allegaos de Manolita, pero no tóa la colectividá. Gachó, que me costó la broma trescientas pesetas.
- GOR. ¿Y los vivas que le dieron a usté?
- CAR. No los oí. Estaba más muerto que vivo.
- CIP. Y luego que se ha ganao las simpatías de tóo el gremio de ladrilleros. Amos, que ahora estornuda cualquiera allí, y en vez de decir ¡Jesús!, dicen ¡Carmelo!
- GOR. Y mú bien dicho. Este hombre, y Dios me perdone, es otro Jesucristo.
- CAR. Sí. Con la diferencia de que Cristo murió entre dos ladrones y yo no sé si moriré entre vosotros.
- CIP. Oiga usté. A propósito de Cristo. ¿Cuándo va a ser la Cena?
- GOR. No. Antes nos tié que dar el almuerzo.
- CAR. ¿También?
- CIP. Sí, hombre. Recuerde usté que nos tiene ofrecidos, a mí una cena, y a éste un almuerzo.
- CAR. Ahora me desayuno. Pero en fin, se cumplirá el programa, cuando queráis.
- GOR. Yo creo que cuanto antes mejor.
- CIP. Sí, sí. Las cosas de comer, en caliente.
- CAR. Haceros cuenta que os estáis quemando. Ahora mismo voy a acercarme a la taberna de aquí

abajo, que creo que guisan muy bien, a encar-
gar comida pa todos. ¿Cuántos vamos a comer?
Sin abusar, ¿eh?

CIP. Pues somos... Manola y mi chica, dos. Este y
yo, cuatro... Cuatro y usted, que hace el quinto.
CAR. Menos mal que soy de cuota. Y ya que salgo a
a la calle, voy a traerla un obsequio a Manolita,
pa darla una sorpresa. ¿Qué te parece?

CIP. Por ahí va usted bien.

CAR. Me has dicho que está mosca, y voy a ver si
lo arreglo, aunque me cueste treinta mosquitos.
Hasta ahora, queridos apóstoles. (*Vase.*)

CIP. Vaya con Dios, divino maestro.

GOR. Este hombre es un Don Juan Tenorio del ba-
chillerato.

CIP. Este qué va a ser Don Juan... Este es una es-
pecie de Pepe Doncel.

GOR. Bueno. Ahora que nos hemos quedao solos,
voy a hacer con usted un acto oficial. Tomemos
asiento (*Vuelven a sentarse en la meridiana.*)

CIP. (¿Qué querrá este fresquera?)

GOR. (*Saca dos puros del bolsillo.*) Tome, pa que se
lo fume a mi salud. Gloria cubana.

CIP. Lo conozco. Del estanco del señor Carmelo.
Veo que te has vuelto a agravar. (*Encienden*)
Tú dirás.

GOR. Se trata de que en este momento solemne. A
las... (*Sacándole el reloj del bolsillo.*) A las once
del meridiano, tengo el gusto de pedirle la
mano de su hija.

CIP. Pero, oye, sólo ladrón. (*Dándole un golpe.*)

GOR. Si el reloj se lo devuelvo.

CIP. Si no es por el reloj, ¡granuja! A mí me quitas
aunque sea el pellejo, y te lo perdono. Pero
burlarte de mi hija, no te lo consiento. Y tú
te estás burlando.

GOR. Señor Cipriano, le juro a usted que no es burla.
Que es en serio y muy en serio. Que estoy ena-
morao. Y esto era de esperar. Hombre que va
a reirse de una mujer, acaba llorando por ella.
(*Llora.*)

- CIP. (*Aparte*). (¿Será posible que él también?) Pero oye, Gorila: ¿esas lágrimas que viertes son por el puro o son por la Colasa?
- GOR. Por ella, señor Cipriano, por ella.
- CIP. ¿Y tú sabes si la chica te quiere?
- GOR. No digo que esté ciega, pero tié cataratas. Y esas no se le curan más que en el tálamo conyugal. Donde voy a ir yo.
- CIP. Pero ven aquí. ¿Tú con que cuentas?
- GOR. Cuento con ustedé.
- CIP. No cuentes conmigo. En broma puede pasar. Pero en serio, te digo que tú no eres digno de mi hija. Porque ella tendrá algún defecto que otro; pero es que a ti te coge tóo y lo coges tóo... ¿Tú crees que no sé yo que has estao ya quince días en la cárcel?
- GOR. Sí, señor. No lo niego. Pero fué una cosa sin importancia. Que me dió el mal un día en metá la calle e la Montera y cogí unos calzoncillos de un escaparate.
- CIP. Ya ves, ¡qué vergüenza! Irte a ensuciar en unos calzoncillos..
- GOR. Si es que no me pude contener. Pero quitando eso, soy tan decente como ustedé.
- CIP. Quitando eso y quitando tóo lo que tú quitas, no pues casarte con mi chica. Vamos, en mi familia no entras tú. Porque si tú entras, no sé cómo vamos a salir.
- GOR. A mí me ha abierto su hija las puertas de par en par y yo entro, aunque ustedé se encierre en que no.
- CIP. Eso lo veremos.
- GOR. Ya lo verá ustedé. Porque ella me ha jurao anoche mismo, que si ustedé no la deja casarse conmigo se suicida.
- CIP. No será tanto.
- GOR. Va a ser más. Ha dicho también, que ella se suicida, pero que a ustedé se lo lleva por delante.
- CIP. Oye. ¿De verdad te ha dicho eso?
- GOR. Como ustedé lo oye. Dice que es ustedé ya muy viejo y que no quiere dejarle sólo rodando por

el mundo. Y ya sabe usted el genio que tiene.
Que lo que dice, lo hace.

CIP. Sí que lo hace, sí. Vamos, no lo hace, porque
antes de eso, paso yo por lo que sea. Es un
suicidio que se case contigo y es un crimen
que yo lo consienta; pero, en fin, la cosa es
vivir, sea como sea.

GOR. Entonces, futuro padre político, ¿puedo darle
a Colasa la buena noticia?

CIP. Sí, hijo mío, sí. Dásela cuanto antes, pa que se
tranquilice. Ahí dentro la tienes.

GOR. Con su permiso. *(Entra en la casa.)*

CIP. Estás en tu casa. ¡Lo que se ha metido en mi
casal... Si yo llego a saber que los dos lo iban
a tomar en serio, ¿de dónde le pido yo el fa-
vor a este mono? *(Aparece la Satur.)*

SAT. Buenos días por la mañana.

CIP. Hola, Satur. ¿Dónde vas por ahí?

SAT. A haceros una visita. Y de paso a ver si tiés
por ahí alguna cosilla que me convenga.

CIP. Tú dirás lo que quieres.

SAT. Por de pronto, haber si tiés una cama que esté
en buen uso.

CIP. Mira. Precisamente tengo una cama colgada
que quita el sueño. Ahí la tienes.

SAT. ¿Cuánto quíes por ella?

CIP. Tasada en quince pesetas.

SAT. ¿Pero a mí me la bajarás?

CIP. A ti te la bajo ahora mismo y te la llevas en
lo que quieras.

SAT. Pa no regatear te daré dos duros.

CIP. Ya es tuya.

SAT. Lo que quiero es que hagas el favor de mandár-
mela a casa.

CIP. ¿Mandártela? Te la voy a llevar yo mismo.

SAT. ¿Tú? *(Se ríe.)*

CIP. ¿De qué te ríes?

SAT. De eso de que me la vas a llevar tú...

CIP. Pues en cuanto me veas entrar con la cama, te
tumbas. Por ti cargo yo con eso y mucho más.

SAT. ¿Y no cargarías conmigo?

- CIP. Mira, Satur. No te pongas cargante, que tío se andará.
- SAT. (*En tono confidencial.*) ¿Cómo anda el asunto de Manola y el señor Carmelo?
- CIP. Como las propias rosas. Nos va a poner una casa confort. A Manola la va a vestir de arriba abajo. A nosotros no sé cómo nos vestirá. La va a hacer una estrella.
- SAT. ¿Y a vosotros?
- CIP. A nosotros nos qué hacer personas decentes.
- SAT. Ya tendrá influencias ese hombre.
- CIP. Es un maestro de obras que hace muy buenas obras.
- SAT. Pero oye, tú, ¿Manola y él se entienden?
- CIP. Ni soñarlo. Hasta ahora el que se entiende con él soy yo. Entre ellos no pasa ná. No pasa ná, más que lo que él la pasa pa que vivamos tóos.
- SAT. Entonces ese tío debe ser un primo.
- CIP. ¡Qué va a ser! ¿Tú no has leído en los anuncios: «Caballero serio protegería reñorita agraciada»? Esos son los proteccionistas.
- SAT. ¡Lástima no encontrara yo uno así! Por más que yo no quiero más protección que la tuya. Es decir, ¡quiero más! (*Con mucha vehemencia.*) ¡Quiero tu cariño! Hasta ahora no te lo había dicho claro, pero ya lo sabes. ¡No puedo vivir sin ti! Y a eso he venido.
- CIP. ¿No venías a lo de la cama?
- SAT. Eso era un pretexto. Ya comprenderás que tú pa mí estás por encima de la cama.
- CIP. Ya te he dicho que te la llevaré a casa.
- SAT. Sí. Para luego dar media vuelta y ahí te quedas... Yo necesito un compañerito del alma. (*Llora.*) Mira, Cipriano. Las cosas claras. (*Saca el frasco del aguardiente y bebe.*)
- CIP. (*Aparte.*) (Ya le ha dao.) ¿No habías dejao el aguardiente?
- SAT. Lo dejaré cuando te tenga a ti. Y eso va a ser muy pronto. Muy pronto, porque yo no puedo vivir sin mi Cipriano. Yo estoy dispuesta a suicidarme.

- CIP. Mujer, no te pongas así.
SAT. Sí, sí. ¡Suicidarme! Pero yo no te dejo a ti en el mundo. Tú vas por delante. ¡Que nos entierren juntos!
- CIP. (*Aparte.*) (Ná. Que no me van a dejar vivir.)
SAT. Eso de pensar que pués caer en manos de otra mujer como la que se murió, y que hagas el ridículo... ¡Vamos, que no! ¡Que de ti no se ríe nadie! No se ríe nadie, porque yo he llorado mucho por ti. (*Llora.*)
- CIP. No llores, mujer, no llores. Ya te he dicho que tóo se arreglará... Si yo seré tuyo.
- SAT. ¿Tú mío?
CIP. Yo tuyo. (*Se abrazan. Y aparecen Colasa y Gorila.*)
- COL. (*Aparte.*) (¡Atiza! Mi padre abrazando a una mujer!...)
- GOR. (*A Colasa.*) Chica, si es la Satur.
SAT. Sí, hija mía. Yo soy. Y este es tu padre.
CIP. Y aquí la Satur, has de sabes, que estuvo a punto de ser tu madre.
- COL. Y como no lo pudo ser, ahora se conoce que quí ser mi madrastra.
- CIP. (*Aparte.*) (Ya se lo ha calao.)
SAT. Mira, rica. Eso será lo que Dios quiera.
COL. Mi padre ya no está pa segundas nuncias.
CIP. (*Aparte.*) (¡La veo huérfanal)
GOR. (*Mirando por lateral derecha.*) Señor Cipriano, me parece que viene el señor Lucio.
- CIP. ¿El maestro del tejar? Sí que es raro.
COL. ¿A qué vendrá?
CIP. No creo que venga a la liquidación. (*Aparece el señor Lucio.*)
- LUC. Digo buenos días, por educación. Que aunque vosotros no la tengáis, la educación está en quien la tiene.
- CIP. Cúbrase usté.
LUC. Es comodidá. No pensaba volver a veros. Cuando os fuistéis del tejar me dije: ¡gracias a Dios que voy a perderlos de vista!
¡Qué casualidá! Lo mismo dije yo de usté.

- LUC. Claro que a vosotros os veo y no os veo. Yo vengo solamente pa hablar dos palabras reservás con Manolita.
- CIP. Le advierto a usté que Manola está bajo mi tutela.
- LUC. ¿Tutela? ¡Y que es menuda tutela! Percalina de la más barata. ¡Ni pa forros!
- CIP. En cambio usté es de lana. Vamos, es usté de abrigo.
- LUC. Bueno, la conversación pa los presos. ¿Y Manolita?
- CIP. Ha salido. Deje usté el recaó que quiera y se le dará.
- LUC. He de hablar con ella personalmente. Y es inútil que me la neguéis, porque yo sé que está aquí. ¡Manola! ¡Manola! (*Llamando. Aparece Manola.*)
- MAN. ¿Qué pasa? ¡Señor Lucio!...
- LUC. El mismo. ¿Está o no está?
- CIP. Está bien.
- MAN. ¿Era usté el que llamaba?
- LUC. Yo, Manola. Yo, que quiero hablar dos palabras contigo reservadamente. Si pué ser.
- MAN. ¿Por qué no? Hagan us'és el favor de entrar un momento en casa. ¿O prefiere usté que entremos nosotros?
- LUC. No. Prefiero aquí. Ya habéis oído: mutis rápido, que tengo prisa. (*Vanse todos, menos Cipriano.*)
- CIP. Un momento. No sé de lo que se trata; pero como trate usté de molestar a Manola, o a alguno de los de casa, no miro que estoy en mi casa. (¡Le he achicao!) (*Vase, pero queda escuchando, como los demás, detrás de las cortinas.*)
- MAN. Usté dirá, señor Lucio.
- LUC. Manola, yo vengo a pedirte un favor.
- MAN. ¿Usté a mí un favor? Me extraña. Pero si está en mi mano hecho.
- LUC. Está en tu mano y en tu corazón. Vamos, si es que lo tienes.
- MAN. No lo dude usté.

- LUC. A convencerme voy. Se trata de Mariano, Mariano, que está trastornao por ti y que desde que tú faltas del tejar, no hace nada a derechas y estoy viendo que el mejor día hace una locura muy gorda.
- MAN. Si él nunca me ha dicho nada...
- LUC. ¡Y qué falta hace que te lo digal... Si eso lo veía tóo el mundo. ¿Cómo no lo has visto tú con esos ojazos que tienes? Además, ya sabes su genio. No se atrevía a decírtelo por miedo a que le dijeras que no. Se pasaba el tiempo, y cuando ha querido recordar se ha encontrao con que la pájara había levantao el vuelo.
- MAN. Pues ya comprenderá usté que esas cosas hay que decirlas. Yo le hubiera escuchao, y después ya hubiese visto lo que contestaba.
- CIP. (*Asomando la cabeza por la cortina.*) ¡Bien contestaol
- MAN. De modo que si él trata de hacer una locura, sea la que sea, usté debe convencerle de que hace mal. No tié ningún derecho sobre mí.
- LUC. Si en estas cosas, lo malo no es el derecho. Es el izquierdo. (*Señalando al corazón.*) Cuando éste manda, no se sabe lo que se hace. Por eso vengo a hablar contigo. A pedirte el favor de que le escuches, a ver si toavía estamos a tiempo de evitar la tragedia.
- MAN. ¿Escucharle? ¿Pa qué? Esto no tié arreglo. Yo he tomao un camino y por él tengo que seguir. Quiero ser artista y esa es por hoy mi única ilusión. He encontrao un hombre que me protege, honradamente, y lo aprovecho.
- LUC. Te advierto que ese hombre que te protege, tiene de buena fe y de protector, lo que yo de obispo. Ese es un individuo que ha hecho cuatro cuartos a costa de la usura y de otros negocios muy poco limpios.
- CIP. ¡Eso es mentiral (*Escondiendo en seguida la cabeza.*)
- LUC. (*Sin volver la cabeza, como si contestara a un fantasma.*) ¡Eso es verdál |Radio-escucha!

- MAN. Yo, hasta ahora, no tengo queja de él.
LUC. Ya te quejarás algún día. Yo te aviso y, además, te voy a dar un consejo leal. Tienes dos caminos a seguir: el de ser la mujer de Mariano, y vivir con modestia, pero con honradez y tranquilidad, y el camino por donde quíe llevar-te ese Perico de cabaré, que es un camino que parece de rosas, pero que tié muchas espinas. Mira, Manola, que no es bastante ser guapa pa ser artista. Que estrellas hay muchas, pero es en el cielo. Aquí abajo en la tierra, pa una que llegue a estrella, hay que ver las que se estrellan.
- CIP. ¡Que le den la oreja! (*Volviendo a asomar.*)
LUC. La oreja pa ti, que lo estás oyendo.
MAN. No me convence usté. Yo tengo muchas esperanzas. Quiero probar fortuna y que sea lo que Dios quiera.
LUC. ¿De modo que estás decidida?
MAN. Completamente. Yo lo siento, y más tratándose de Mariano, a quien aprecio mucho. Al fin y al cabo hemos sfo compañeros, y reconozco que es muy bueno y muy decente.
LUC. Un cacho é pan. Se lo comen por sopas en los tejares. Ahora que tié una clase de locura que me da miedo. Por eso no le quero dejar venir. Pero cuando yo le diga, en redondo, que no piense más en ti, va a ser la trepanación. Porque ese es capaz de levantarse la tapa é los sesos. Que yo le conozco. Ahora, que también te digo, que no se va solo al otro mundo. Ese se lleva por delante a quien yo me sé.
MAN. ¿A quién? ¿A mí?
LUC. A ti no se atreve ni a decirte que te quiere. Al que quita de en medio es al Sancho Panza ese de Cipriano.
CIP. Ná. Que se ha empeñado en matarme.
MAN. Se le ha me'fo en la cabeza que ese es el que tié la culpa de tóo. Y en eso tié razón. Tú no eres mala. Tú, por desgracia, no tiés padres;

pero te han salio unos parientes que son un atajo de sinvergüenzas.

CIP. ¿Os molesta eso de sinvergüenzas?

GOR. A mí, no.

SAT. Yo, como no soy de la familia...

LUC. He dicho sinvergüenzas, y he dicho poco. Son unos granujas.

CIP. Y eso de granujas, ¿qué os parece?

GOR. Eso ya no se pué tolerar. Salga usté.

CIP. Me da miedo salir, porque me pierdo.

GOR. No hay más remedio. Salga usté y yo también. Y todos. (*Salen todos a escena.*)

CIP. (*Con bastante miedo.*) Oiga usté: eso de granuja y canalla, ¿se lo ha dicho usté a ella?

LUC. Se lo he dicho a ella, pero me refiero a ti.

CIP. ¡Ah! Bueno. A mí me pué usté decir lo que quiera. Pero a Manola, ni tanto así. Porque insultarla a ella, es faltarme a mí.

MAN. Bueno, basta de discusiones. Y sepa usté, señor Lucio, que a mí no me aconseja nadie, ni me manda nadie. Que yo hago por hoy mi santa voluntad.

LUC. Ni media palabra más. De toas maneras, piensa bien lo que te he dicho. Ya sabes dónde tienes un hombre honrao que te espera con los brazos abiertos, y una casa, que es la mía, que siempre está abierta pa lo que necesites. Pero de verdá y de [corazón. Sin martingallas de proteccionista.

MAN. Gracias, maestro.

LUC. Adiós, Manolita. A vosotros no os digo adiós, porque Dios no quiere ná con los golfos. (*Vase.*)

CIP. Adiós, señor Urquijo. (*Al hacer mutis Lucio, Manola va a sentarse y queda en actitud un poco pensativa.*)

GOR. Este tío nos ha dao el vermú.

COL. (*A Manola.*) Paece que te han dao cañazo, hija.

MAN. ¿Qué quieres? Me disgustan estas cosas. Yo

- aunque algunos lo duden, tengo mucho corazón.
- CIP. El que debía estar preocupao era yo, que dicen que me van a matar. ¡Miá que ponerme a mí Sancho Panzal!
- MAN. No crea usted. Yo a Mariano le tengo miedo.
- GOR. Nada, hombre; no hagan ustedes caso. Si tóo es mentira. Estas son martingalas del maestro, que es un rutina.
- CIP. Tíe razón éste. Tú a seguir tu camino. ¿Qué vida te espera con Mariano? Trabajo y compañía. En cambio, con el señor Carmelo, juer-ga, jarana y jamón.
- GOR. Sí, señor. Estoy con usted.
- CIP. Y éstas, también están conmigo.
- COL. Según y conforme. Yo creo que cá uno debe ir por donde le lleve el corazón. Por ahí he ido yo, y no me pesa.
- GOR. Gracias, Dama de las Camelias.
- SAT. Di que sí, Manola. Tú debes ir por donde te lleve el cariño. Yo también he tomao por ese camino. Ahora, que no sé si me perderé.
- CIP. Le preguntas a un guardia. (*Aparece Carmelo, que es portador de varios paquetes.*)
- CAR. Saludo a la futura estrella.
- MAN. Hola, señor Carmelo.
- CAR. Pero ¿qué quiere decir esa cara? ¿Qué le pasa a mi princesa?
- MAN. Ná, señor Carmelo.
- CAR. ¿Cómo que no? ¿La princesa está triste? Esos ojos no tién el brillo de otras veces, ni esa cara tié la alegría de siempre.
- MAN. Figuraciones suyas.
- CIP. Diga usted que no. La princesa está triste, sí, señor. Y yo voy a decir el motivo.
- MAN. (*Aparte a Cipriano.*) (No le diga usted ná, por Dios).
- CIP. (*Aparte u Manola.*) (Tú déjame a mí). Señor Carmelo, va usted a saber la verdá.
- MAN. (*Aparte.*) (Que lo va usted a estropear).

- CIP. Yo no sirvo pa engañar a nadie. ¿Usté ha estao antes aquí?
- CAR. Sí, señor.
- CIP. Y después se marchó.
- CAR. Exacto.
- CIP. Pues usté tié la culpa de lo que ha pasao.
- CAR. Como no te expliques más claro...
- CIP. Ná más irse usté, salió Manola y me preguntó con mucha alegría: «¿No estaba aquí el señor Carmelo?» Y al contestarla yo que acababa usté de marcharse, se quedó pálida... triste... y se sentó en esa silla diciendo: «¡Se ha ido sin verme! ¡Qué penal!» Ya sabe usté lo que tiene la princesa.
- GOR. (*Aparte a Colasa.*) (¡Qué embustero es tu padre!)
- SAT. (*Aparte.*) (¡Qué gitano es este tío!)
- CAR. Te agradezco que me hayas dicho la verdá. Esta verdá, que me paece mentira. Pero es una verdá que me proporciona dos emociones: una, de pena, y otra, de alegría. Pena, porque la he hecho sufrir, y alegría, porque he visto el aprecio en que me tiene. No te apures, Manola. Yo soy de los que vuelven. Y mira cómo vuelvo. Que parezco un botones, a pesar de mis años. Ahí van esas frioleras. (*Dándoles los paquetes, que cogen todos y los colocan sobre una mesa. En seguida comienzan: á abrir los paquetes y a comer.*) Eso es para todos. Y esto otro, pa ella solita. (*Saca un estuche del bolsillo y lo abre.*) Al salir de aquí me acordé que éstos me habían comparao con el Redentor, y he vento cargao con esta cruz. ¿Te gusta?
- MAN. Es preciosa. (*Todos se acercan a mirar.*)
- CAR. Más preciosa es tu cara.
- CIP. Cara y cruz.
- SAT. Eso son regalos.
- COL. ¡Sabe Dios lo que habrá costao!
- CIP. ¿Ve usté, señor Carmelio? Ya está la princesa encantada.
- CAR. ¡Y yo encantao! Mi lema: juerga, jarana y ja-

- món. ¡Y menúo jamón serrano que os he traído pa abrir boca!
- CIP. Ya. Ya! la estamos abriendo.
- CAR. Y que^e la váis a tener abierta un rato. He encargao un arroz cosmopolita, que os váis a hinchar. Dentro de una hora lo traerán.
- CIP. Diga, señor Carmelo, ¿no será mucho arroz que se quede a comer también la Satur?
- CAR. No, hombre. Hay pa todos. A ver. Venga una botella, que quiero servir yo mismo a Manolita. (*Le dan una botella y una copa.*) Ahí va, princesa.
- MAN. A su salud, señor Carmelo.
- CAR. Dios me la conserve muchos años, para bien tuyo.
- GOR. Y para bien de todos.
- CAR. ¡Da gusto veros comer!
- COL. Juerga, jarana y jamón.
- CAR. Eso es... ¡Alegría! ¡Mucha alegría!
- CIP. Anda, Manola, cántate algo.
- MAN. Lo siento. Pero ahora no tengo humor pa ello.
- CAR. Dejarla. De ese mal humor tengo yo la culpa, y voy a desgraviarla ahora mismo.
- MAN. Si no estoy de mal humor. Que no tengo ganar de cantar.
- CAR. No importa. A ver. Acompañarme todos.
- CIP. ¿Dónde va usté?
- CAR. A cantar mi canción predilecta. La Sintorosa. (*Gorila coge una guitarra que habrá colgada en la pared. Los demás cogen varios objetos, con los que acompañan.*)
- GOR. Venga de ahí.

MÚSICA

- CAR. Fué una mañana de abril;
el cielo añil;
mañana hermosa.
Cuando yo vi
y conocí a Sintorosa.
Estaba en su ventana

tan linda y tan lozana.
Yo me acerqué y se extrañó;
la saludé: ¿cómo está usted?
Yo bien, ¿y usted?, me contestó.
Y entonces la canté
esta canción:
Sinforosa, Sinforosa, Sinforosa,
tu cara es una rosa;
tu cuerpo es un clavel.
¡Muy bien! ¡Muy bien!
Y mi ama, y mi ama, y mi amada,
me dijo entusiasmada,
a imitación de Raquel:
Román, román, romántico,
tu can, tu can, tu cántico,
es algo exótico y es estrambótico;
pero es gigantesco.
Román, román, romántico.
Y cerró, y cerró su ventana,
y oíase lejana,
allá en la calle, «La Voz».
Román, román, etc., etc.
(Con los últimos compases

TODOS
CAR.

TODOS

TELÓN



ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Telón corto, que representa el jardín de un hotel. En lateral derecha practicable de entrada, con verja de hierro. En escena, una mesa y dos sillones de mimbre.

(Al levantarse el telón aparece Gorila, con un mandil puesto y sentado en uno de los sillones. A sus pies tiene una regadera grande.)

GOR. *(Cantando flamenco.)*

¡Ay... ay... ay!

¡Por qué me llamas ladrón?

(Hablado.) ¡Y olé! Ná. Que yo tengo estilo.
(Vuelve a cantar.)

¡Por qué me llamas ladrón
si tú eres la que me estás
robando a mí el corazón?

Ná. Que me decido. *(Aparecen Satur y Cipriano por lateral izquierda. Se supone vienen del interior del hotel. Cipriano viste un pyjama muy gracioso.)*

SAT. Precioso, chico. Tenéis un hotel que es el Paraíso.

CIP. Coge toa la manzana.

COR. ¡Le ha gustao a usted la mansión?

SAT. Esto es vivir. Lo demás es una agonía. Habéis dao un salto que os podéis reir de los mortales.

- GOR. Y por si era poco, el empleo que ha pescado el señor Cipriano.
- SAT. Ya sé que le han hecho guarda del Oeste.
- CIP. Hasta ahora no soy más que suplente.
- GOR. Bueno, señá Satur. Voy a seguir mi faena.
- SAT. Sí, hijo. Por mí estás cumplido.
- GOR. (*Aparte.*) (Como se está colando este hombre). (*Vase cantando.*)
- SAT. Oye, ¿y éste de qué está aquí?
- CIP. Pues no lo sé. Vino un día, se plantó en el jardín y no hay manera de arrancarlo. Va a los recaos, riega las flores y toavía se queja. Porque siempre está: ¡Ayl ¡ayl...
- SAT. La que podía quejarse era yo. Ya debía estar también en el hotel. Ya sabes que guiso bastante bien. Puedo entrar pa la cocina.
- CIP. Ese es mi proyecto. Que entres pa la cocina; que luego ya entrarás en las demás habitaciones.
- SAT. ¿Y eso cuándo va a ser? Ya sabes lo que te tengo dicho. Nosotros tenemos que morir juntos.
- CIP. ¿Qué es eso de morir? Viviremos, mujer, viviremos. Lo que tiés que hacer es darle coba a mi hija. Es la que manda aquí. Y por desgracia no te traga.
- SAT. Con tal de estar a tu lao, soy capaz de darla hasta masaje, pa que ande más derecha. ¿Y qué la he hecho yo pa que me tenga esa tirria?
- CIP. Que se ha dao cuenta que estoy colao por ti.
- SAT. ¿Pero de veras estás colao? (*Haciéndole fiestas.*)
- CIP. Colao. ¡Colasa! ¡Colasa! (*Aparecen Colasa y Manola.*)
- COL. Buenos días.
- MAN. Hola, señá Satur.
- SAT. Hola, mujer. ¡Cualquiera te conoce! ¡Y tú, hija de mi vida! ¡Hija de mi alma! (*La besa con gran efusión.*)
- COL. (*Aparte.*) (Debe estar borracha.)
- SAT. Qué, ¿de dar un paseito?

- MAN. No, señora. Venimos de la academia.
SAT. ¿Y qué tal? ¿Cuándo te aplaudimos?
MAN. Ya veremos. Hay que prepararse bien. ¿No ha venido el señor Carmelo?
- CIP. Toavía no.
COL. (*Mirando su reloj de pulsera.*) No tardará, porque ya es su hora.
- MAR. Bueno, señá Satur. Con su permiso voy pa dentro. (*Vase.*)
- SAT. Estás en tu casa, hija. Yo también me retiro. Adiós, Cipriano, hasta otro ratito.
- CIP. Adiós; y ya sabes dónde tiés tu casa.
SAT. Y tú ya sabes la mía. Vamos, la mía que es tuya. A tí no te digo ná. Si alguna vez me necesitas pa algo, estoy a tu disposición.
- COL. Muchas gracias.
SAT. Adiós, guapa. (*La besa.*) Más que guapa. (*Otro beso.*) Ya vendré otro día mas despacio.
- COL. Cuando usted quiera.
SAT. Sí, hija, sí. No pueo vivir sin vosotros. Mucho quiero a tu padre, pero lo que es a tí... A tí es que te quiero más que nunca hija. ¡Adiós, guapa! ¡Bendito sea tu padre! (*Aparte.*) ¡Maldita sea tu estampal! (*Vase.*)
- CIP. ¡Pobrecilla! Nos quiere mucho.
COL. A usté. A usté.
CIP. Y a ti lo mismo. Me ha estao hablando de ti de una manera, que se me caía la baba. ¡Que eres muy buena hija...! Que eres muy trabajadora y sobre tóo muy decente.
- COL. (*Aparte.*) (Se conoce que Gorila no ha hablao toavía con mi padre...)
- CIP. Tú acabarás tomándola cariño. Y si no al tiempo.
- COL. No digo que no.
CIP. Claro que sí. (*Aparte haciendo mutis.*) (La Satur no tarda ocho días en entrar aquí. Por lo menos, pa la cocina.) (*Vase. Llega Gorila, cantando flamenco, como siempre.*)
- COL. Oye, tú, flamenco. Ven aquí. ¿Por qué no le has dicho a mi padre lo que tenías que decirle?

- GOR. ¿Tú sabes lo difícil que es decirle a un padre lo que tengo que decirle? Eso no es pa dicho.
- COL. Pues no hay más remedio; que el tiempo corre y cuanto más tarde peor.
- GOR. Yo creo que la obligá a hablarle eres tú. Si es mñ fácil; mira: te hincas de rodillas, te sueltas el pelo y le dices dando gritos desgarradores: ¡Padre! ¡Padre mñol! ¡Soy una mala hija! He manchao sus canas. ¡Péguelme! ¡Máteme! ¡Perdóneme! Y te perdona, hombre. Si él es bueno.
- COL. No es por ahí. Se lo tiés que decir tú. Tú eres el granuja, que me ha engañao.
- GOR. ¿Que te he engañao yo a ti?
- COL. Tú a mí. De móo que te las arreglas como puedas.
- GOR. Bueno, pues ya está arreglao. Dame un par de duros.
- COL. ¿Pa qué?
- GOR. Muy sencillo. Ahora cuando salga, me voy con él. Le convido a unos chatos con tapa. Tomamos café y coñac y cigarrito puro, y cuando ya le vea contento y oztimista, le largo la copla. ¡Tóo pué ser que me dé un jail...!
- COL. ¿Calla, que ya está ahí! Toma cinco duros y ya me darás lo que sobre. (*Se sienta en un sillón, disimulando*) ¡Ay, qué cansada estoy!
- GOR. (*Cantando flamenco.*) ¡Ay... ay... ay...
- CIP. (*Con uniforme de guarda de Parques y Jardines.*) Veo que sigues con el cante jondo.
- GOR. Como que ahí está el truco. Estoy decidido, señor Cipriano.
- CIP. ¿A qué?
- GOR. A dedicarme de lleno a la ópera flamenca. Esto de regar el jardín y de ir y venir a los recaos, no es porvenir.
- CIP. ¡Duro, duro! A ver si sales otro Mochuelo.
- GOR. ¡Quién sabe! Hay que ir pensando en algo serio, señor Cipriano. Que el tiempo corre, y el día menos pensao se ve uno hecho un padre de familia y con obligaciones. (*Aparte a Colasa.*) (Este es el principio.)

- CIP. Así me gusta. Que pienses en el mañana.
- COL. ¿Ve usted padre, cómo éste no es lo que parece?
- CIP. Lo que hace falta es que tengas suerte, sea en lo que sea.
- GOR. Eso es lo malo. Que yo soy más desgraciao que el miserable barro.
- CIP. ¡Cuidao con eso! El barro no es miserable. Nos ha dao de comer muchos años y no consiento que se hable de él con desprecio. Al contrario. De él salen los ladrillos y las tejas con que se construyen las iglesias, los palacios, las fábricas y los hospitales! Es lo más sagrao que hay. Ya sabes lo que dice el Fleury: De barro nos hizo Dios.
- COL. ¿De móo que tóos somos de barro?
- CIP. Todos, menos esos que venden los collares, que son de China.
- GOR. ¡Anda! ¡Y yo que creía que descendíamos del monol. . .
- CIP. Eso eres tú. Tóos los demás somos de barro.
- GOR. Pues si Dios nos hizo de barro, ¿por qué no somos iguales? ¿Por qué el señor Carmelo ha de tener tanto dinero, mientras otros están lampando por un cuponísquel?
- CIP. Ante tóo, te prohibo que aludas al señor Carmelo. Primero, porque estás en esta su casa, y segundo, porque es nuestro protector. A él le debo yo el empleo que tengo, y lo mismo ésta que Manola, el estar aquí viviendo como princesas. Claro, que Manola de señorita y ésta de doncella-nurse. Pero viviendo bien. (*Aparece Carmelo.*)
- CAR. Salú, señores.
- CIP. Hombre, de usted estábamos hablando.
- CAR. ¿Bien o mal?
- CIP. Tratándose de usted, aunque no se sepa hablar, hay que hablar bien. Estaba diciendo que es usted mi padre.
- CAR. ¿Estás satisfecho?
- CIP. No es que sea una canonjía ser guarda suplente de la Moncloa, pero tampoco es una pochez.

Que son seis pesetas, uniforme y tóo el oxígeno que uno quiere.

- CAR. Me alegro que respire así. ¿Y Manolita?
- COL. Dentro anda. Voy a decirla que está usted aquí y de paso a preparar el té. (*Vase.*)
- CIP. ¿De modo que a tomar el té con Manolita?
- CAR. Es lo único que se pué tomar con esta chica.
- CIP. A ver cómo se porta usted con ella.
- CAR. Hombre, creo que no tendréis queja. Estoy demostrando que soy un caballero. Como siempre. Yo entoavía no le he hecho a una mujer una mala faena. Amos, yo pa eso soy un fenómeno. Siempre quedo bien.
- GOR. Y ya debe usted llevar unos cuantos años toreando.
- CAR. Antes de entrar en quintas tomé la alternativa en la Plaza el Progreso.
- GOR. ¡Vaya un ganao!...
- CAR. He lidiado con muchas, de toas las castas, y de toas he salío ileso. La única que me enganchó fué mi señora, que en paz descanse. Total, ná. Una lesión en el lao izquierdo, que me impidió continuar la lidia.
- CIP. Pero al fin tuvo usted la suerte de matarla.
- CAR. Eso, no. Se la llevó Dios, porque era una santa. Después de eso, he debío cortarme la coleta. Claro, que esto de Manola es como si dijéramos una corrida extraordinaria con fines benéficos. (*Aparece Colasa con servicio de té.*)
- COL. Dice Manolá que en seguida sale.
- CIP. Bueno, si no manda usted otra cosa, yo me retiro.
- CAR. Anda con Dios, hombre.
- GOR. Señor Cipriano, espere usted un poco, que vamos juntos. Le voy a acompañar, y de paso tomaremos algo por ahí. Tengo el gusto de convidarle a usted.
- CIP. ¿Tú a mí? Estás desconocío, chico.
- GOR. Vamos a tomar unos chatos, café, coñá, cigarro puro...
- CIP. Hala, hala. Pa luego es tarde.

- COL. No tardes, Gorila.
GOR. En seguida vuelvo. (*Aparte.*) (Vamos a ver cómo le sienta.)
COL. (Dios quiera que le sienta bien.)
GOR. Vamos, agüelo.
CIP. ¿Qué es eso de agüelo?
GOR. Hombre, es una frase cariñosa.
CIP. Por eso. Porque toavía no estoy tan viejo.
GOR. ¿Qué va usted a estar? Si está usted jamón, hombre. (*Vanse abrazados.*)
COL. (*Aparte.*) (Ya se ha hecho con él.)
CAR. ¿Qué hay, Colasita?
COL. Ná de particular. Que le tengo que decir a usted una cosa.
CAR. Tú dirás.
COL. No tié importancia. Que ayer se me pasó decirle a usted que tenía que darme doscientas pesetas pa la academia.
CAR. Vaya, mujer. ¿Y cómo no me pide el dinero Manolita?
COL. Ella no se ocupa más que de su música. Y luego, que yo soy la que corre con todo.
CAR. (*Aparte.*) (A ésta la voy a tener que parar los pies). Toma, rica.
COL. El rico es usted. Dios le dé salud pa dar muchos. (*Aparece Manola.*)
MAN. Buenas tardes, señor Carmelo.
CAR. Hola, Manolita. Hoy estás como nunca.
MAN. Tóo los días me dice usted lo mismo.
CAR. Es que cá día estás mejor.
COL. ¿Sirvo ya el tè?
MAN. Deja. Yo misma le serviré.
COL. (*Aparte.*) (Esto es decirme que me vaya.) Buen provechito.
CAR. Gracias. (*Aparte.*) (Gracias a Dios que nos dejan solos.)
COL. (*Aparte y haciendo mutis.*) (Si lo sé, le pido trescientas pesetas. He sío tonta.)
MAN. Ahí tiene, señor Carmelo.
CAR. Así me gusta. Que me sirvas tú misma el té.

- Me sabe hasta más dulce. Los días que me le sirve esta chica, es que me lo amarga.
- MAN. Pues es muy buena. A usted le aprecia bastante. Y a mí me quiere mucho.
- CAR. Ya, ya. Como que no se separa de ti ni un momento. Hace ya días que quería hablarte de algo que nos interesa mucho a los dos, y siempre me quedo con las ganas.
- MAN. Pues ahora tié usted ocasión. Bien solos estamos. ¿De qué se trata?
- CAR. Se trata de algo muy serio.
- MAN. Usted dirá.
- CAR. Mira, Manolita. Yo, efectivamente, me ofrecí a protegerte en sentido paternal. Ese fué mi primer impulso. Pero yo no contaba, hija de mi alma, con que iba a enamorarme de ti.
- MAN. ¿Pero usted está enamorado?
- CAR. Enamorao es poco. Bien sabe Dios que no quería llegar tan al fondo, pero me he colao. Me he colao sin saber cómo. Es decir, sí lo sé. Yo por lo menos le echo la culpa a esos ojazos tan negros y a esa carita tan gitana.
- MAN. ¿Qué dice usted, señor Carmelo?
- CAR. Lo que oyes. Esto que me pasa a mí es una tragedia.
- MAN. Tragedia, la mía.
- CAR. ¿Y por qué no hemos de acabar las tragedias y vivir un poco en la realidad? Tú eres una mujer, joven y bonita. Yo, gracias a Dios, me conservo bastante bien... Y tú comprenderás...
- MAN. Sí: comprendido. Usted quiere que yo le pague lo que está haciendo por mí.
- CAR. Nada de eso. Lo que hago por ti está pagao con tu amistad. Pero creo que ha llegao el momento de que seamos algo más que amigos. Yo me obligué a protegerte, y lo que pretendo es que mi protección llegue más allá.
- MAN. ¿Hasta dónde?
- CAR. Hasta donde haga falta.
- MAN. ¿Usted llegaría hasta la iglesia?
- CAR. Hombre, hasta la iglesia precisamente... Yo he

- estao casao una vez, y ese numerito no me gustaría repetirlo.
- MAN. Así me gusta. Que me hable claro. Yo también voy a hablarle. Estoy en un momento difícil de mi vida. No sé qué camino tomar. Depende de una cosa. Yo necesito debutar cuanto antes donde sea. Verme frente al público. Convencerme yo misma de lo que soy. De eso depende tóo.
- CAR. ¿De modo que si tú debutas y gustas..?
- MAN. Si debuto y gusto, ya hablaremos después. Y si tengo la desgracia de no servir para eso, ¿para qué vamos a hablar?
- CAR. Pues pronto vamos a salir de dudas. Esta semana debutas, pase lo que pase y cueste lo que cueste.
- MAN. ¿No decía usted que era muy difícil?
- CAR. Ahora va a ser muy fácil. El dinero lo allana tóo. Pues irte preparando, que eso es un hecho. Ya tengo ganas de saber por dónde tiras. Y a ver por dónde tiran también estos gachós que te rodean.
- MAN. ¡Pobrecillos! Ellos, como todos, al sol que más calienta.
- CAR. Menos mal si se conforman con el sol. Lo malo es que ya piden la luna. Bueno, Manolita. Animo y a tener confianza en mí. Tú serás una estrella. De eso me encargo yo. Adiós, lucero.
- MAN. Adiós, señor Carmelo.
- CAR. (*Aparte.*) (Esta chica creí yo que era tonta. Pero tié mucho gancho. Ahora, que en ese gancho, cuelgo yo la americana.) (*Vase.*)
- MAN. ¿Conque enamorado de mí?... Esto era de esperar. En fin, la cosa es que yo debute pronto, y ya veremos. (*Aparece Colasa.*)
- COL. ¿Pero cómo? ¿Se ha ido el señor Carmelo sin decirme adiós? ¿Es que se ha ido enfadado?...
- MAN. No. Enfadado no. Se ha ido.
- COL. ¿Pero volverá?
- MAN. ¡Creo que sí!

- COL. Oye. ¿Es que ha pasao algo? No me asustes. Vamos, que sería una lástima que tú no llegaras a debutar en el teatro, y que nosotros tuviáramos que volver a hacer ladrillos... ¡Con lo bien que estamos aquí!..
- MAN. (*Mirando por la verja.*) ¡Calla! Me parece que he visto por ahí a Mariano.
- COL. ¿A Mariano? Pues no gana una pa sustos... (*Asomándose.*) Sí, sí. El es. Y viene hacia aquí. Escóndete, por Dios.
- MAN. Sí, sí. Voy pa dentro. Oye, dile que no estoy. (*Vase.*)
- COL. ¿A qué vendrá este hombre? Ya me están temblando las carnes. (*Aparece Mariano en la puerta.*)
- MAR. ¿Se pué pasar?
- COL. (*Tratando de aparecer tranquila, pero con bastante miedo.*) Sí, hombre, sí. Ade... adelante, adelante.
- MAR. ¿Está tu padre?... ¿No me digas que no?
- COL. No, no. Te diré... Te diré que ha salido.
- MAR. ¿Tu padre ha salido? Ha salido un sinvergüenza.
- COL. ¡Ese es el que tié la culpa de todo!
- COL. Si viéras que el pobre no se ha metío en ná. Mira, Marianito. Tóo lo que hace Manola, es por su cuenta y sin consejo de nadie.
- MAR. ¿Está Manola?... ¡No me digas que no!
- COL. No, no. Si te digo la verdá. Está en la academia.
- MAR. ¿En la Academia?... ¿A qué, a aprender tonterías?... Más vale que aprendiese a ser mujer de su casa. ¿Es verdá o no?
- COL. Sí, hombre, sí. (*Cualquiera le dice que no.*)
- MAR. Ahora, que se ande con cuidao. Que ella no será pa mí, pero yo la quiero ver por el mundo como es debido. Si se casa honradamente con ese hombre, me callaré y sufriré en silencio. Pero como no sea pa él como Dios manda, la busco, la cojo del cuello y la ahogo.
- COL. Mira, voy a decirte una cosa. De tóo esto tiés tú la culpa.

- MAR. ¿Que yo tengo la culpa?
COL. Sí, señor. Has de saber que Manola te ha tenfo siempre buena voluntá. Y hasta es posible que te quiera. Pero como no la has dicho nunca ná, ella ha tomao su camino.
- MAR. ¿De modo que ella? Sí, sí. Tienes razón. Yo debía haberle dicho a esa mujer que la quería, como hacen las hombres. Y ella me hubiese dicho que sí o me hubiese dicho que no. Es decir, si me dice que no... Si me dice que no... En fin, me voy, porque se me está alborotando la sangre y a lo mejor va a pagarlo quien menos culpa tenga.
- COL. Sí, sí; vete. Vete que te dé el aire.
MAR. Adiós, Colasa. Y dile a tu padre que le ando buscando y que no se ponga delante é mi vista porque le quito de en medio. ¿Se lo dirás?
COL. Claro, por la cuenta que me tiene.
MAR. Tienes razón. Esto me pasa a mí por idiota. Porque yo he debfo coger a esa mujer y decirle en su cara que la quería... He sfo un cobarde. Un cobarde y un desgraciao, que debían darme en la cara por bruto... Sí, sí. No digas que no. ¡En la cara! ¡Así! (*Comienza a darse bofetadas.*) ¡Maldita sea mi sangre! ¡Maldita sea mi vida! (*Vase dándose una paliza.*)
- COL. ¡Ay! Gracias a Dios que respiro. En mi vida he pasao más miedo! (*Aparece Manola.*)
MAN. ¿Se fué ese hombre?
COL. Ya se fué. Y ya le has oído: que seas buena.
MAN. Tú mejor que nadie sabes que lo soy. Lo que hace falta es que me deje tranquila y no se ponga en mi camino.
COL. Me paece a mí que éste no nos deja en paz. Y lo que más siento es que la ha tomao con mi padre.
MAN. Con tu padre y conmigo. ¡Que sea buena!... Yo también quiero serlo. Pero será lo que Dios quiera. (*Vase.*)
COL. Es verdá. Esto de ser buena o mala, son cosas de Dios o del demõnio. Yo quería serlo, pero

me ha debío tentar el diablo. Lo que hace falta es que no me tiente mi padre. *(Por dentro se oya cantar flamenco a Cipriano y a Gorila, que le jalea.)* ¡Calla! Ya están aquí mi padre y Gorila. Y viene cantando... Parece que no le ha sentao mal. *(Entran en escena. Cipriano es portador de una media merluza flamenca. Trae el sombrero de medio lado y viene fumando puro. Al llegar a escena termina la copla, que viene cantando desde dentro.)*

- CIP. ¿Eh? Tengo estilo o no tengo estilo.
GOR. Tiene usted estilo antiguo.
CIP. Como que Juan Breva cantaba por el estilo.
HOLA, hija mía.
COL. Parece que viene usted contento...
CIP. Sí que lo estoy. Estoy más que alegre.
COL. En cambio, yo, padre, estoy muy triste.
CIP. No hay por qué, hija mía. No hay por qué. Tú no te apures por ná, mientras yo esté en el mundo. Y tú lo mismo, chimpance.
GOR. Gracias, señor Cipriano.
CIP. Voy a fumar el puro con tranquilidad. *(Se sienta en uno de los sillones y comienza a canturrear por lo bajo.)*
COL. *(Aparte a Gorila.)* (Qué. ¿Qué cara ha puesto cuando se lo has dicho?)
GOR. (¿Cara?... No he tenido cara pa decírselo.)
COL. (¿Ahora salimos con esas?)
GOR. (Tampoco ha habío ocasión. Empezamos a discutir del cante... y a tomar chatos y más chatos...)
COL. (Pues sí que tié narices... ¿Y el dinero que te ha sobrao?)
GOR. (¿Sobrao? ¡Me ha tenido que prestar tu padre una peseta!...)
COL. (¡Míá que haberse gastado los cinco duros y no haberle dicho ná!...)
GOR. (He preparao el terreno pa que tú se lo digas.) Ahora es la ocasión. Híncate de rodillas y dile lo que te dije antes.)
COL. (Si es que me da miedo...)

- GOR. (Anda, Si está muy contento. Yo le quito la garrota con disimulo.) (*Gorila se acerca a Cipriano y le abraza.*) Bueno, señor Cipriano, ¿qué tal los chatos?
- CIP. Los chatos, muy salaos. La manzanilla, superior. El coñá, superior. T6o de primera. Has quedao como un hombre. (*Le quita la garrota de la mano.*)
- COL. (*Que durante el diálogo anterior se ha estado soltando el pelo y preparándose.*) Vamos allá. (*Hincándose de rodillas delante de su padre. Gorila se coloca detrás de él para sujetarle.*) ¡Padre! ¡Padre mfo! ¡Perdón!
- CIP. ¿Qué dices?
- COL. ¡Soy una mala hijal
- CIP. ¡Tú que vas a ser mala!
- COL. Sí, padre, sí. Soy una infame que he manchao sus canas.
- CIP. ¿Mis canas? ¡Suelta, que la mato!
- GOR. No. Máteme a mí también. Yo también soy culpable.
- CIP. ¡Canallas! ¡Sinvergüenzas! Suéltame, que os voy a matar.
- COL. No le sueltes. ¡Perdóname, padre!
- CIP. ¡Mala hijal ¡Suelta, ladrón! ¡Granujal ¡San Antonio! Yo te pedí pa mi hija un novio formal.
- COL. No, padre; acuérdese. Le dijo usted un chico, fuera como fuera.
- GOR. Y San Antonio le ha oído a usted.
- CIP. ¡Me ha oído y me va oír!... (*Elevando los ojos al cielo. En este momento aparece Mariano.*)
- MAR. ¡Gracias a Dios que doy con usted!
- CIP. ¡Mariano!
- MAR. Yo, que vengo a quitarle a usted de en medio. ¡Quitarse de en medio!
- CIP. No me dejéis. ¡Taparme! ¡Taparme!
- MAR. ¡Quitarse! ¡Quitarse de en medio! (*Mariano, prepara el revólver. Gorila y Colasa defienden a Cipriano, colocándose delante de él, y Cipriano,*

loco de terror, comienza a tocar la trompeta que lleva colgada, como si pidiera auxilio en el Parque a sus compañeros.)

TELÓN RÁPIDO

CUADRO SEGUNDO

Decoración a todo foro que representa un cabaret madrileño. Mesas en ambos laterales.

(Al levantarse el telón varias parejas bailan. Después, aparecen Carmelo y Gorila. Los dos de etiqueta. El segundo muy ridículo.)

- CAR. Qué, ¿soy castizo o no?
- GOR. Usted es de los míos. Al mundo se viene a gozar de la vida, cuando se tién billetes, como los tiene usted.
- CAR. Mi lema: juerga, jarana y jamón. ¿Has visto qué guapa está Manola?
- GOR. Pa comérsela.
- CAR. Lo que la he encontrao es un poco triste.
- GOR. Es el miedo. A toas las artistas les pasa lo mismo.
- CAR. Pues no debía tenerlo. Porque me he gastao muchas pesetas pa que tenga un triunfo. Y yo creo que triunfará.
- GOR. Pa eso estamos los amigos.
- CAR. Claro que a ella la hubiese gustao más haber debutao en un teatro. Esto del cabaré paece que no le ha gustao mucho.
- GOR. No se preocupe usted. Ya le he dicho yo a la Colasa que la anime y que la incline al lao de usted tóo lo posible. Yo estoy en todo.
- CAR. Eres grande, Gorila. Vamos a dar un vistazo por el cabaré, que hay un mujerío que deson-dula.
- GOR. Oiga. ¿Ha hablao usted ya con el dueño pa eso de mi colocación?

- CAR. Ya está hablo. Me ha dicho que es fácil que te metan en el guardarropa.
- GOR. ¡Mi madre! ¡Lo que yo estaba soñando! (*Vanse del brazo. Por el lado opuesto aparecen Satur y Cipriano. Los dos de etiqueta y muy ridículos.*)
- SAT. Oye, Cipriano. ¿Habrás visto que estamos llamando la atención?
- CIP. Pero llamándola a gritos.
- SAT. Es que yo traigo un vestido cañón. Es de segunda mano, pero es de primera... ¿Sabes de quién ha sido éste? De la de Argüelles.
- CIP. ¿De Argüelles? Más bien parece del Rastro. El eslipin que traigo yo, sí que tié historia. Este ha sido de Aspaventa. Hay que vivir a la moderna. Mira, te voy a hacer un regalito. ¡Camarero!
- CAM. ¿Qué manda el señor?
- CIP. Tráigala a la señorita una muñeca de esas y deme una lista con tóo-lo que haya de comer. (*Señala a una muñeca que tiene en brazos una tanguista. Vase el Camarero.*)
- SAT. ¡Qué talento tienes! Estaba encaprichao con ella y no me atrevía a decírtelo.
- CAM. (*Con una muñeca muy grande y el menú.*) Aquí tiene la señorita. (*Vase.*)
- CIP. Póngala a la cuenta de don Carmelo.
- SAT. La cuenta le va a subir lo suyo.
- CIP. Lo suyo y lo de todos. Tiene mucho dinero.
- SAT. Oye. ¿Y qué ha sido de Mariano?
- CIP. No he vuelto a saber de él desde aquel día que fué al hotel a matarme. ¡Qué susto me llevé! Gracias que entre Gorila, mi chica y yo le convencimos de que no me había metío en ná.
- SAT. Oye. Ya que has nombrao a la chica, debías haber pedío otra muñeca pa ella.
- CIP. ¿Te parece poco el muñequito que nos va a largar?
- SAT. ¡Pobrecilla! Y cuidao que se ha puesto gorda y guapa. Si casi no se le nota lo de la espalda.
- CIP. Ahora, el jorobao soy yo.

- SAT. No te preocupes. Mira, Cipriano, hemos quedado en que veníamos a echar una cana al aire.
- CIP. Tienes razón. ¡A vivir!
- SAT. Eso es. A vivir juntos. Y el que venga atrás, que arree.
- CIP. ¿Quiés comer algo?
- SAT. Con mucho gusto.
- CIP. Oiga, camarero. Tráiganos en seguida este menú. *(Le da un papel.)*
- SAT. Y mientras lo preparan, sáquenos seis bocadillos pa abrir boca.
- CIP. Y seis cañas de cerveza. Esta noche me emborracho, bien.
- SAT. Y yo contigo, Ciprianito. *(Se abrazan y aparecen Carmelo y Gorila.)*
- GOR. Ahí tié usté a los amantes de Teruel.
- CAR. ¿Qué hay, parejita?
- SAT. *(Haciendo una reverencia.)* A los piés de usté.
- CIP. *(Otra reverencia.)* Señor Carmelo...
- CAR. Saludo al marqués de la Teja, conde del Ladrillo.
- CIP. ¿Ha visto usté a Manolita?
- CAR. Está espléndida. Preparándose pa el debut.
- GOR. ¡Y que tiene un miedo!...
- SAT. No me extraña. Lo tengo yo y soy na más que concurrente primera... *(Aparece Colasa.)*
- COL. Ya ha terminao de arreglarse. ¡Ay, tengo más miedo que ella!
- CAR. ¿Cómo está?
- COL. Muy nerviosa. Hasta que salga. Yo me he salfo aquí por verla. *(Aparece un empleado que exhibe un cartel donde se lee: «Debut de Manolita Romero». «Canciones».*

MÚSICA

- MAN.-SEÑ. Por capricho de la moda este traje ahora se estila y las chicas madrileñas lo adoptaron en seguida. Como ustedes ven, señores,

tiene el traje guardametas.
Tiene delantero centro
y también tiene defensas.
A las que por la calle van vestidas así
ya nos llama la gente las chicas del Madrid.
Entre los chicos del futbol
tengo siempre gran partido
y un defensa y un portero
relaciones me han pedido.
Cuando el defensa penetrar
en mi corazón pretende,
el portero, que es muy listo,
se lo impide fácilmente.
Siempre que el portero
hace una parada,
le digo al momento
muy entusiasmada:
Portero, cuánto te quiero;
portero de mi ilusión,
pronto vas a ser, portero,
dueño de mi corazón.

- CAR. Pero que muy requetebién.
SAT. ¿Ha gustao mucho verdá?
CAR. Mucho. Sobre tóo a mí.
COL. Voy a ayudarla a vestirse (*Vase.*)
GOR. ¡Atiza! Mire usté quién viene allí...
CIP. ¡Mariano y el señor Lucio! Cuidao, que éstos
vienen a darnos la noche.
CAR. No tengáis cuidao, que aquí estoy yo. (*Apare-
cen Lucio y Mariano.*)
MAR. Que me deje usté, padrino.
LUC. Que te conozco, Mariano. Tú vienes a dar el mitin
MAR. Le doy a usté palabra de que no.
LUC. Entonces, ¿a qué hemos venío?
MAR. A hablar con esa mujer. Ahora mismo voy a
su cuarto, que ya estará más tranquila y a ver
qué pasa. Esta noche tengo yo que decidir mi
vida y la suya.
LUC. Bueno. Confío en tu palabra. A la puerta te
espero.

- MAR. En seguida salgo. Esos granujas tién la culpa de t6o. (*Mirándolos.*)
- CIP. ¡Ojol Que nos están mirando... Y tién la mirada agresiva.
- CAR. Pues si yo los echo una mirá, los echo. Fijarse en la mirada.
- MAR. (*Haciendo ademán de acercarse.*) ¡Maldita seal
- LUC. ¿Dónde vas?
- MAR. Iba a dejarlos recuerdos.
- LUC. No te denigres.
- MAR. Tié usté razón. (*Vase.*)
- LUC. (*Inicia el mutis, y pasando por delante de ellos, les va diciendo, como si rezara.*) Si no fuera porque soy solvente, se acordaba de mí la gentuza esta. ¡Gorriones! ¡Tragones! ¡Ladrones! (*Vase.*)
- CIP. Diga usté. ¿Se han ido los dos?
- CAR. Muertos de miedo. Ya has visto. Cantarranas se iba rezando.
- SAT. Gracias a Dios que nos van a dejar cenar tranquilos.
- CAR. ¡Ah! ¿Pero habéis pedío cena?
- CIP. Naturalmente. Hay que celebrar el debut de la chica. Verá usté el menú. (*Leyendo.*) Solomillo con patatas. Ternera en salsa. Vaca a la jardinera. (*Aparte.*) (Ya le están temblando las carnes.) Pollo con ensalada. Pollo asao y pollo con tomate.
- CAR. Pero oye, tú...
- CIP. Aguarde. Que faltan los entrefilés: langostinos, ensaladilla, salchichón, aceitunas y apio.
- CAR. Hombre. Eso es pa reventar. Amos, pa reventar al que pague. Porque vosotros os coméis eso y mucho más.
- SAT. Lo que se te ha olvidao es poner unas botellas de champán.
- CAR. Es mejor que toméis sidra. Es más digestiva.
- GOR. El champán lo dejamos pa cuando cenemos después en la cuesta de las perdices.
- CAR. ¿Otra vez? Pero, hijos míos, ¿qué tiempo hace que no coméis vosotros?

- CIP. Hombre, de verdá, de verdá, lo que se dice comer de verdá, hace muchos años. Porque, vamos, lo que hemos estao haciendo nosotros ha sío ensayar.
- CAR. Pues sí que estáis hechos unos racionistas de cuidao. (*Aparece Colasa, que viene nerviosa y descompuesta.*)
- COL. ¡Pa... pa... padre!
- CIP. ¿Qué pasa?
- COL. ¡Ay, padre!
- CIP. ¿Pero qué hay?
- COL. Estaba yo acabando de vestir a Manola, cuando de pronto entra Mariano en el cuarto. Ella al verle le dice: «¿A qué vienes? ¿Qué quieres?» Por lo pronto, que se vaya ésta. Y con mucha educación me ha dao un empujón y ha cerrado la puerta. Yo me he quedao escuchando a ver si podía enterarme de lo que decían, y no he podido coger ná, porque hablaban muy bajito; pero me parece que Manola estaba llorando.
- SAT. Yo creo que debes ir tú, a ver qué es lo que pasa.
- CAR. Callarse. Que aquí viene Manola. (*Aparece Manola, con abrigo.*) ¿Qué ha dicho ese hombre?
- MAN. Que me quiere y que sea buena. Y como yo quiero serlo y también le quiero, vengo a despedirme de usted y a darle las gracias por su protección.
- CAR. ¿Y dónde vas?
- MAN. Por mi camino. Soy libre y voy por donde quiera. Me he convencido que por el camino que iba no era el mío. Señor Carmelo, gracias. Perdóneme. (*Vase. Desde la aparición de Manola todos los personajes comienzan a mirarse unos a otros locos por el asombro que les produce sus palabras y su actitud.*)
- CAR. (*Loco también y llamándola.*) Pero Manola, Manolita... ¿Qué es esto? ¡Se va con él! ¡Y en mis narices! Esto no me ha pasao con ninguna mujer. Cipriano. ¿Qué significa esto?
- CIP. Que le han echao a usted un toro al corral,

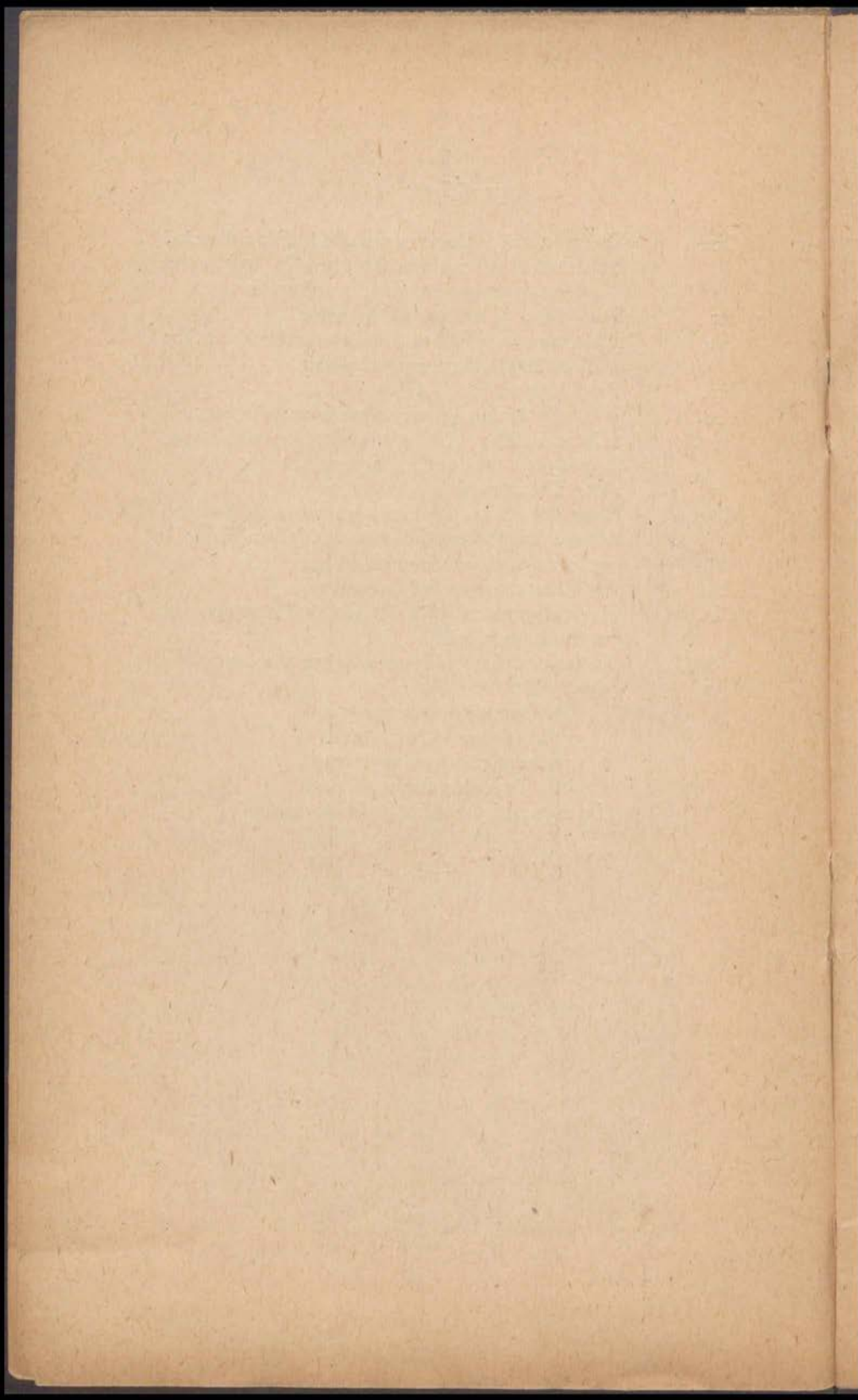
- CAR. No es extraño. Es un aviso de la Providencia. Esta noche me corto la coleta. No hago más el primo y me retiro. (*Indica el mutis.*)
- CIP. Pero oiga. ¿Quién paga tóo esto?
- CAR. Allá cuidaos. ¿No has oído que me retiro? Que seáis felices. (*Vase muy de prisa.*)
- CIP. Pero oiga usté...
- COL. Señor Carmelo... (*Todos pretenden salir tras el.*)
- GOR. (*Deteniéndolos.*) Dejarle. Dejarle que se vaya. El gasto de esta noche lo pago yo.
- CIP. ¿Tú? ¿De dónde?
- GOR. El se ha retirao, pero me ha dao a mi la alternativa. La cartera del maestro. (*Enseñando la cartera del señor Carmelo.*)
- COL. ¿No decías que te habías curao?
- CIP. Ha tenío una recaída. Menos mal que esta vez ha sío el buen ladrón.
- GOR. No preocuparse. Ahora a beber y a divertirse.
- CIP. ¡Eso, eso!

A divertirse con ganas
y a gastarnos la cartera,
ya que otra vez nos espera

EL TEJAR DE CANTARRANAS.

(*La orquesta preludia, todos bailan y*

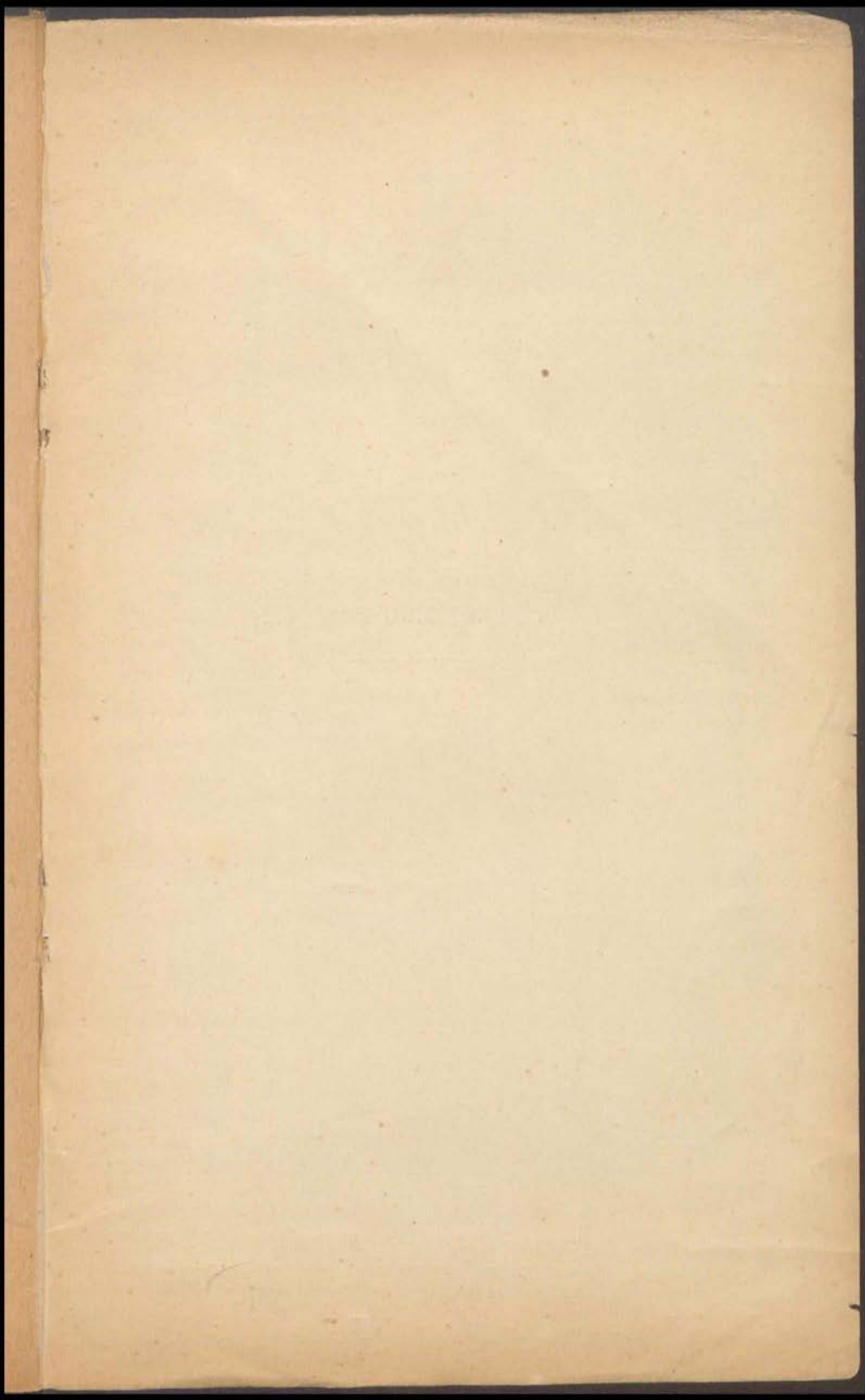
TELÓN



OBRAS DE ENRIQUE PARADAS
Y JOAQUIN JIMENEZ

- «Los zapatos de charol», zarzuela. (Tercera edición.)
- «El galleguito», zarzuela. (Agotada.)
- «¡Abajo la media!», revista.
- «El primer rorro», juguete cómico. (Tercera edición.)
- «La furcia cuca» (parodia de «La fuerza bruta».)
- «La villa del oso», revista.
- «Cayó a la una» (parodia de «Canción de cuna».)
- «El hambre nacional», revista.
- «El golfo de Guinea», sainete. (Segunda edición.)
- «Con permiso de Romanones», revista.
- «Matías López», zarzuela.
- «El Chavalillo», sainete.
- «¡Arriba la liga!», humorada.
- «La suerte perra», zarzuela.
- «El siglo de oro», revista.
- «El nido del principal», sainete. (Segunda edición.)
- «Los dos fenómenos», revista.
- «El viaje del amor», revista cómico-lírica.
- «La Chicharra», comedia lírica. (Tercera edición.)
- «El corto de genio», sainete.
- «La villa de los gatos», revista.
- «La Cartujana», zarzuela.
- «La casa de los milagros», juguete cómico. (Cuarta edición.)
- «Chiribitas», sainete.
- «La madrina», zarzuela en dos actos.
- «Las corsarias», humorada. (Cuarta edición.)
- «La Novelera», zarzuela en dos actos.
- «Tranquilo y sereno», apunte de sainete.
- «Mi salvador», sainete en tres actos.
- «La clave del Sol», comedia en dos actos.
- «Los pollos bien», sainete en tres actos.
- «La copa del olvido», episodio cómico en tres actos.

- «La del molino», comedia en tres actos.
 - «¿Qué pasa en Cádiz?», comedia en tres actos.
 - «Los garbanzos de Castilla», comedia en tres actos.
 - «Los cuernos de la Luna».
 - «Las espigas», zarzuela en dos actos.
 - «El sobre verde», sainete-revisca.
 - «La chula de Pontevedra», sainete en dos actos.
 - «Los Faroles», fantasía en un acto.
 - «Viva la Cotorra», andaluzada en un acto.
 - «El Tejar de Cantarranas». Tres actos.
-



Precio: 3,50 pesetas.
